21

NN

El 2 de diciembre de 1941 perdura en Europa entre las fechas infamantes, por un crimen mucho más amplio en perspectiva, y en cuanto a su sentido de afrenta a la humanidad, que el ataque japonés contra Pearl Harbour. En ese domingo, el Führer decretó *den Nacht und Neber Erlass,* el decreto de Noche y Niebla. El propósito inicial de semejante decreto era el de detener a la gente que «ponía en peligro la seguridad alemana» (*die deutsche Sicherheit gefährden*), pero dos meses más tarde el Feldmarschall Keitel lo amplió para que comprendiese a todas las personas de países ocupados que hubieran sido detenidas y siguieran viviendo ocho días más tarde de su arresto. En tales casos,

> «...*Sollen künftig die Beschuldigten heimlich nach Deutschland gebracht... werden...*»

> «...Los prisioneros serán trasladados en secreto a Alemania... Estas medidas tendrán un efecto de disuasión, ya que:
> *a)* los prisioneros desaparecerán sin dejar rastro;
> *b)* no se dará informe alguno acerca de su paradero ni de su suerte» (1).

Durante el juicio de Nuremberg, Keitel confesó ante el Tribunal Militar Internacional, que de todas las atrocidades en que había colaborado, aquélla era «la peor» (2). Y tenía razón. Detrás de la orden, se hallaba el razonamiento, explícitamente establecido, de que la «efectiva intimidación» de las naciones conquistadas, sería lograda mucho mejor con una medida por la cual «los parientes del criminal, y la población, no supieran nada sobre su suerte posterior». Como entre los «criminales» se iban a contar los niños, los analfabetos y los retrasados mentales, el *Erlass* también aseguraba que en el caso de la Europa de la posguerra aquel destino jamás sería conocido. En la actualidad hay incontables personas que perdieron a un miembro de su familia hace veinticinco años, y aún siguen atormentados por el pensamiento de que estén con vida en alguna parte, sin poder saberlo. En 1945, cuando los Aliados se apoderaron de los archivos del *Sicherheitsdienst* (SD) pudo advertirse que muchos docu-

mentos contenían sólo nombres, y las iniciales garabateadas NN (*Nacht und Nebel*). Nunca se sabrá con exactitud los que murieron. Por una sola vez, la pasión de los alemanes por la exactitud no se vio reflejada en aquellas listas. Hasta los lugares de las tumbas quedaron sin especificar. Las víctimas desaparecieron para siempre en la Noche y la Niebla del Tercer Reich alemán.

Los campamentos de Krupp comprendían gran número de esclavos que habían sido asignados al NN. Y en cierto sentido, la temida inicial doble representaba a cada uno de ellos, ya que después de haber sido estudiados todos los documentos, comprobados los testimonios, examinadas las declaraciones y comprobadas las estadísticas, uno sigue con la tremenda duda: ¿Quiénes eran esas gentes? De vez en cuando sobresale algún rostro en episodios aislados: el ruso que quiso apropiarse del pan, el valiente francés que trató de fomentar la huelga. Sabemos que esos hombres representaban a todos los países de Europa, a todas las edades, a ambos sexos, a todos los grupos intelectuales y económicos. Tenemos una idea de lo que padecieron y de la causa de muchas muertes. Pero no se nos dice quiénes eran. A semejanza de los alemanes que examinaban sus filas todas las mañanas, no podemos menos que pensar en ellos como en un inmenso y anónimo rebaño de *Stüke*, que se desvanece en la oscuridad y la bruma del pasado. Y esto es injusto, evidentemente. Puesto que son una parte integrante de la historia de Krupp, y puesto que los mismos Krupp siempre afirmaron que los que trabajaban para ellos eran componentes de la familia, es menester que les veamos y les oigamos. La mente no abarca un centenar de miles de personas, pero es posible representarnos a media docena.

Tadeusz (Tad) Goldsztajn, un muchacho moreno y delgado que cumplió los dieciséis años el 25 de julio de 1943 en Sosnowiec, una ciudad industrial de 130.000 habitantes, situada en la parte sudoeste de Polonia, es el primero de ellos (3). La guerra apenas si había afectado a la familia del joven. Las minas y fábricas de Sosnowiec, eran muy apreciadas por los alemanes, y sus instalaciones ferroviarias resultaban indispensables para la campaña de Rusia. Los habitantes, sin embargo, habían sido ignorados hasta entonces. Hernyk Goldsztajn, el padre de Tad, era periodista, y siguió asistiendo a su oficina diariamente, mientras Regina, su mujer, cuidaba de él, del hijo de ambos, y del hermano soltero de Hernyk. Pero los Goldsztajn eran judíos. Vivían en un apacible segundo plano, y no tenían idea de la pesadilla que les aguardaba. Tres semanas después de la fiesta de cumpleaños de Tad, cuando la contraofensiva rusa arrollaba la comarca de Kursk, el terror se abatió sobre los judíos de Sosnowiec. Los cuatro Goldsztajn fueron empujados a un vagón de ferrocarril y enviados a Auschwitz. Desembarcados con la etiqueta de ARBEIT MACHT FREI, oyeron la acostumbrada orden de agruparse por sexos. Tad obedeció, abandonando a su madre y pensando en una separación temporal. Sólo más tarde, cuando el muchacho estaba detrás de las alambradas, se enteró de que a su madre la habían llevado directamente al crematorio.

Para entonces los dos hombres y el chico se encontraban en el Birkenau Lager, un subcampamento de Auschwitz. Hicieron lo posible por mantenerse juntos, y durante cinco semanas lo consiguieron. Luego un oficial de las SS entró en el barracón empuñando una fusta. Junto a él se hallaba un rollizo directivo del Berthawerk. Obligaron a los prisioneros a desnudarse y a pasar lentamente delante del seleccionador de Krupp, el cual, después de examinar sus músculos y su piel, señalaba al oficial, los que le parecían adecuados. Hernyk Goldsztajn fue apartado junto con

los que iban a exterminar. Tad y su robusto tío fueron elegidos. Frenéticamente el periodista y su hijo suplicaron al oficial de las SS, pidiéndole que mantuviera unida a la familia, pues de ese modo los tres trabajarían mucho mejor. Los alemanes se mostraron asombrados. El *Judenmaterial* nunca hablaba, durante aquellos actos. De pronto el empleado de Krupp señaló con el índice a las gafas del más viejo de los Goldsztajn —lo único que llevaba puesto—, y el oficial de las SS, con su fusta se las destrozó de un golpe. Eso fue lo último que supo Tad de su padre. Momentos después Hernyk fue conducido a la cámara de gas, mientras se quitaba trozos de cristal roto de los párpados sangrantes.

El 30 de setiembre de 1943, el muchacho, junto con su tío y otros seiscientos judíos, fueron embarcados en un convoy de vagones de ganado, y enviados, vía Breslau, al campamento de Fünfteichen, en Markstädt, Silesia, donde a cada uno de ellos se les tatuó el *Häftlingsnummer* (literalmente, el número de prisionero), en el antebrazo izquierdo, y se les dijo que serían empleados en el Berthawerk. Inmediatamente comenzaron a sentir los efectos de la desnutrición. Su único alimento era un solo tazón de un caldo que Tad describió posteriormente como «una sustancia aguada, insípida... preparada con alguna clase de hierbas»; en su posterior testimonio, declaró: «En los quince meses que pasé trabajando para Krupp, siempre estuve falto de comida, de sueño, de higiene, y cansado más allá de lo humanamente posible, y casi siempre bastante enfermo.» El 6 de enero, su tío, que de un hombre vigoroso quedó convertido en un despojo, murió en el hospital del Fünfteichen. De los seiscientos que habían llegado, sólo veinte quedaban con vida un año más tarde.

De nuevo aquí resultaban inexplicables los motivos de Krupp. El Berthawerk nunca había sido considerado como una factoría que rindiera grandes beneficios, tanto en guerra como en la paz. El bautizarla había sido uno de los últimos actos oficiales de Gustav, antes de ceder el mando a su hijo, y con ello trató de honrar a su esposa. Al quedar terminadas las instalaciones, su capacidad de producción de acero se esperaba que igualase las de Essen y Rheinhausen en conjunto. Fundada en enero de 1943, con un capital de cien millones de reichsmarks, era propiedad absoluta de Alfried Krupp, quien detentaba el título de *Vorsitzender des Aufsichtsrats,* presidente del directorio, el cual invirtió más tarde otros 120 millones de reichsmarks en los talleres. Se iniciaron los trabajos con la esperanza de alzar rápidamente los cobertizos. Empleando judíos de Auschwitz, los técnicos de Essen comenzaron la construcción incluso antes de que Alfried hubiese aprobado los planos. En uno de los primeros informes, le dijeron que «la construcción se efectúa bajo circunstancias especialmente favorables. Los trabajadores son en su mayor parte obreros judíos que se hallan bajo sentencia *(Die Bauarbeiter setzen sich zum grössten Teil aus Strafarbeitern und Strafjuden zusammen*). Ya hay 1.200 hombres en un campamento». Eso era cuando Tad aún tenía quince años e iba al colegio, su padre trabajaba pacíficamente en Sosnowiec, y nadie en la familia Goldsztajn había oído hablar del Berthawerk ni de Fünfteichen. El 9 de julio de 1943, cuatro días antes de la fiesta de cumpleaños de Tad, un memorándum interno de la firma Krupp informaba: «Se está construyendo un campo de concentración para 4.000 prisioneros *(es wird ein KZ aufgebaut, für 4.000 Gefangene).* La terminación del campamento y la llegada de los prisioneros deben ser aceleradas.» (4).

Hacia la tercera semana de setiembre, cuando Tad y su tío fueron elegidos para ser *Baujuden,* y su padre fue gaseado e incinerado, los principales lugartenientes de Alfried se reunieron en aquel lugar con altos oficiales de las SS. Se establecieron fechas tope: el primero de octubre el campamento quedaría dispuesto para recibir a 800 internados (ese

sería el grupo de Tad). Como hemos visto, el grupo estaría integrado por 200 hombres menos. El KZ, habitado por la totalidad de los prisioneros, debía estar dispuesto para el primero de diciembre. En el primer día de octubre, cuando Tad fue llevado desde el vagón de ferrocarril hasta Fünfteichen, en compañía de su tío, Alfried firmó una orden general para sus directores, encabezada «Asunto: Berthawerk», señalando con orgullo que «a pesar de las numerosas dificultades, hemos salido adelante en la construcción del Berthawerk». Los bombardeos de la RAF sobre el Ruhr, señalaba Alfried, hacían el proyecto más necesario que nunca: «Como consecuencia de los destrozos en nuestros talleres de Essen, esta fábrica tiene un significado particularmente trascendental. El comienzo de la producción, a su debido tiempo y sin retrasos, y el posterior desarrollo e incremento de la misma, son, en consecuencia, de la mayor importancia.» (5).

Alfried efectuó inspecciones sobre el terreno. Luego, en Nuremberg, recordó sus giras, y uno de sus subordinados de aquel lugar, Klaus Stein, testimonió que «Krupp se hallaba plenamente informado sobre las condiciones de trabajo de Markstädt» *(Krupp war über die Arbeitsbedingungen in Markstädt voll informiert)*. El nuevo optimismo del Konzernherr, basado casi enteramente en su fe en el ganado de Auschwitz, seguía aumentado. El 2 de febrero de 1944, pidió a sus colegas del RVE que aprobasen dos nuevos proyectos *kruppsche,* una fundición de acero, y una fábrica de planchas de blindaje, las que se alzarían y manejarían con levas de *Judenmaterial.*

La petición citaba la experiencia de Krupp en el Berthawerk, donde «por encima de todo, hay un campo de concentración que puede albergar de cuatro a cinco mil prisioneros, pero que por el momento sólo está ocupado por 1.200. Además, los 3.300 judíos que construyen allí, pronto estarán preparados para trabajar en la fábrica *(Ferner werden in Kürze 3.300 Juden, welche an Ort und Stelle Bauarbeiter sind, für diese Arbeit freigemacht werden können)* (6).

Por desgracia, hacía dos meses había quedado atrás la fecha establecida. En realidad, el retraso entre la promesa de Alfried y la terminación de Markstädt fue de seis meses. La situación sólo quedó resuelta cuando el ministerio de Speer formó un comité de trabajo de la industria de armamento alemana *(Arbeitsgemeinschaft der deutschen Waffenindustrie),* cuyos técnicos en obuses y peritos en eficiencia, organizaron una producción de armas, y luego entregaron la administración al humillado Alfried. Este no pareció comprender qué pudo marchar mal, ni por qué el Berthawerk resultó decepcionante, aunque la razón se hallaba oculta en una nota de su archivo, fechada el 13 de diciembre: Un informe mensual le advertía que «*Es liegen bisher unerfüllte Rotzettel über nahezu 1.000 Mann vor. Ursache ist die äussert angespannte Arbeitslage im ganzen Reich*» (La petición de casi mil hombres aún no ha sido concedida, y la razón de esto es la delicada situación laboral que en hay en todo el Reich) (7).

En otras palabras, no debía derrocharse el *Stücke.* A la luz de ésta y otras advertencias, Tad Goldsztajn fue sufriendo cada vez más conforme aumentaban las dificultades de Alfried. Tad dijo posteriormente: «No éramos esclavos. Nuestra situación era muy inferior. En realidad, se nos privaba de toda libertad y quedábamos convertidos en un objeto que nuestros amos colocaban a trabajar. Pero aquí termina la semejanza con cualquier otra forma de esclavitud, ya que ni siquiera se nos podía comparar favorablemente con la maquinaria de herr Krupp. El equipo de los talleres recibía adecuadas atenciones, se le manejaba con cuidado, se le aceitaba y limpiaba, y se le dejaba descansar. Se procuraba alar-

gar su vida. Nosotros, en cambio, éramos como un trozo de papel de lija, que usado una o dos veces se vuelve inservible y se tira para ser quemado con los desechos.»

En Fünfteichen se entregaba a cada recién llegado una camisa, calzoncillos, pantalones y un abrigo, todo ello de arpillera, así como un par de zuecos de madera. Esa era la primera y última ropa que se les proporcionaba. No se volvía a distribuir más vestimenta, aunque al cabo de algunos días la burda tela comenzaba a deteriorarse. El cuerpo de Tad se volvió negro a causa del aceite. Estaba infestado de piojos, y los zuecos eran inadecuados para la marcha de cincuenta minutos hasta el Berthawerk, que comenzaba todas las mañanas después de la diana de las 4,30 y de pasar lista en el patio de Fünfteichen.

Escoltados por guardias del SS y perros de la policía, los internados avanzaban en la oscuridad que precedía al amanecer en filas de a cinco, y a la rápida cadencia que señalaba el guardia: *«Links! Rechts! Links! Rechts!»* Los prisioneros que caían eran devueltos a los barracones, y a menudo no se les volvía a ver más, ya que Fünfteichen tenía su propia cámara de gas. Por las noches, después de regresar de la fábrica, el joven Goldsztajn presenciaba asesinatos casi de ritual, cometidos en el iluminado patio del campamento, «donde se llevaban a cabo las ejecuciones públicas, y se realizaban los castigos diarios con tubos de goma».

Los esclavos dormían un promedio entre cuatro y cuatro horas y media por las noches, si bien sólo estaban doce horas diarias en la fábrica (*). Se les pasaba lista tres veces por día, para evitar las fugas. Las prolongadas marchas, las ceremonias de castigo público en los patios, exigían su tiempo. También se perdía mucho tiempo debido a la ineficacia de Fünfteichen —la comida exigía dos horas por las noches, debido a que sólo había cincuenta cazos para la sopa, que debían emplear todos por turno—. Y si bien los internados terminaban sus actividades teóricamente a las once de la noche, los guardias les mantenían haciendo tareas propias del campamento hasta pasada la medianoche. De este modo, numerosos accidentes ocurridos en los talleres debían atribuirse al agotamiento de los trabajadores.

El Berthawerk jamás pudo ser un buen lugar para trabajar, ni bajo las mejores circunstancias. En su apogeo, los seis gigantescos cobertizos empleaban cerca de un millar de esclavos cada uno. Tad fue destinado al de *Kolbenstangen* (vástagos de émbolo), departamento que figuraba con el número diez en la factoría principal de maquinaria. Otros diecinueve departamentos se albergaban en la misma nave, cada uno de los cuales construía una clase de pieza para obuses ligeros. Después de las reformas de Saur, una pieza completa artillera abandonaba la factoría cada sesenta minutos. La rapidez tenía un precio, y ahora había azares industriales que se hubieran considerado intolerables durante los días del Gran Alfred. Cuando Tad se movía entre los tornos y perforadoras en sus zuecos abiertos le entraban trozos de metal agudo y ardiente, que le herían los pies. Esas heridas se le infectaban, y aún hoy conserva las cicatrices.

El porcentaje de enfermos habría sido elevado en cualquier caso, aunque sólo fuera a causa de la inadecuada vestimenta de los presos. En la fábrica que llevaba el nombre de la mujer más celebrada del Reich, los cañones salían calientes, pero los obreros pasaban frío. Durante todo el invierno de 1943-1944 no hubo calefacción para los trabajadores escla-

(*) Había excepciones en esto. En Nuremberg declaró un testigo que durante un período de tres semanas se le exigió trabajar en turnos de treinta y seis horas, con doce horas de intervalo entre cada turno. (Testimonio de Jaroslav Brandejs, en Nuremberg, el 29 de enero de 1948. Caso Krupp, transcripción 2643-2677).

vos. Grandes estufas de coque habían sido instaladas para los obreros alemanes de Essen, pero no las había para los judíos. Cualquier prisionero que se escurría para acercar las manos a un lugar caliente, era apartado con rudeza, si no se le apaleaba. Allí la disciplina era mantenida por los propios trabajadores Kruppianer, y todas las brutalidades del campamento de Fünfteichen, incluidos los apaleos y otras torturas, se repetían en la fábrica. Según declara Tad:

«En los talleres nos hallábamos a cargo de empleados de Krupp. Los guardias se colocaban entonces a lo largo de los muros, para evitar las fugas, pero rara vez intervenían ante los prisioneros en el trabajo. Esta tarea era desempeñada por algunos "Meisters" y sus ayudantes. El error más leve, una herramienta rota, una pieza defectuosa, cosas que ocurren diariamente en todas las fábricas del mundo, bastaba para provocarles. Entonces nos golpeaban, nos daban patadas, nos azotaban con tubos de goma y barras de hierro. Si no querían molestarse ellos mismos en realizar el castigo, mandaban llamar al Kapo encargado de esa tarea, y le pedían que nos diera veinticinco latigazos. Aún hoy día duermo boca abajo, costumbre que adquirí en Krupp debido a las heridas que me producían atrás los golpes.»

En el taller número 10, todo el trabajo era supervisado por «Meister» Malik, al cual ayudaba un checo llamado Klechka. Una vez el capataz alemán azotó el rostro de Tad con tal fuerza que estuvo a punto de dejarle desfigurado. Le salvó la intervención de un miembro de las SS. En otras ocasiones, recordaba Tad, Malik «me escupía en la cara o me desgarraba la ropa. Hasta me prohibió que fuera al retrete». Este era un grave castigo, ya que los jóvenes, como casi todos sus compañeros de trabajo, padecían disentería, consecuencia provocada por su alimentación. Los que no eran capaces de recobrarse de su dolencia, desaparecían en el crematorio del campamento. Malik no tenía paciencia con esos enfermos. Cuando un hombre estaba demasiado tiempo en las letrinas, el alemán ordenaba al Kapo que le siguiera y le rociase con agua fría hasta que volviese al trabajo. A temperaturas invernales bajo cero, esto podía ser más peligroso que una mutilación, pero los guardias de las SS no intervenían. Malik administraba lo que se consideraba el castigo corriente. «Mi caso no era especial —declaró el muchacho—. Muchos de los empleados de Krupp obraban del mismo modo, y todos los prisioneros sufrían por igual.»

El peor momento para Tad se presentó dos meses después de la muerte de su tío. Irritado por los frecuentes viajes de Tad al *Wasser-Klosett*, Malik decidió dar un ejemplo con él. En la sala del comando alemán, el Kapo le empapó de pies a cabeza. Tad tenía escasa resistencia, y esa noche tuvo fiebre. Temía que le llevasen a la enfermería, pues la mayor parte de los prisioneros enviados allí no regresaban nunca. Tad siguió trabajando, hasta que un día se desplomó durante la marcha matutina, y le llevaron de vuelta al Fünfteichen. Ya en la enfermería, comprendió la razón de que tan pocos pacientes curasen. No había cuidados médicos, y en cada catre colocaban a dos, y a veces a tres prisioneros. A los pacientes se les obligaba a dormir por turnos. El retrete más cercano estaba en otro edificio situado a un centenar de metros de distancia, y como todos los que ingresaban en la enfermería tenían que entregar sus ropas, los pacientes se veían obligados a correr desnudos bajo el intenso frío. A los que estaban demasiado débiles para andar, les decían que hicieran de vientre en sus literas. Tad nunca hizo eso (aunque

tenía que compartir su jergón que otros ensuciaban), pero no había duda de que su estado era serio. «Al cabo de pocos días comencé a escupir sangre —declaró posteriormente—. Pero jamás pude saber la enfermedad que padecía, pues ningún médico se molestó en examinarme, tanto a la llegada como durante mi estancia en el hospital.» De haberle visto un médico, seguramente habría diagnosticado disentería y tuberculosis pulmonar.

Su juventud y fortaleza natural le permitieron recuperarse cuando ya estaba en el límite de la resistencia, y pasó aún un año más en la fábrica, cumplido ya el aniversario de la desaparición de su tío en el crematorio. Para entonces el talante de los alemanes había cambiado sensiblemente. Su confianza en el futuro fue sustituida por un pánico ciego. Los capataces escucharon en las emisiones radiadas de Berlín que la Wehrmacht había abandonado Tannenberg, volando en su retirada el enorme monumento conmemorativo. La emisora nacional germana previno acerca de la acción de los *Terrorbomber* por todo el país, y allí, en Silesia, el mariscal Ivan S. Koniev, del Primer Ejército ucraniano, hacía retroceder al Grupo de Ejército del Centro germano, y se preparaba a cruzar el Oder. Breslau estaba condenada, y con ella Markstädt.

Aquí es pertinente relatar los recuerdos de otro testigo presencial. El doctor Paul Hansen, un notable ingeniero de Krupp que se había unido a la firma en 1929, y que más tarde se retiró en Essen, el 1.° de enero de 1963, cubierto de honores, era el jefe de producción del Berthawerk. No le dijeron que evacuase la fábrica. «Como de costumbre —señaló secamente al autor de este libro—, la orden era permanecer allí hasta el último hombre.» Por asombroso que parezca, quedó un último hombre. Hansen se marchó, pero uno de los delineantes permaneció aún en una oficina del Berthawerk, trabajando con diligencia. El teléfono de su escritorio sonó, y al hablar se dio cuenta de que lo estaba haciendo con un ruso que se hallaba en el vestíbulo del edificio. La fábrica estaba en poder del enemigo.

Vale la pena anotar que después de la guerra, el superior de Hansen dirigió primero la reconstrucción de las factorías de Essen, y luego el *Industriebau*, departamento que erigía provechosas fundiciones en los países subdesarrollados. «Lo mismo que hicimos en Markstädt —explica Hansen—. En 1945 el Berthawerk parecía fracasado irremediablemente. Hoy es un excelente negocio.» (8).

La cautividad de Tad Goldsztajn terminó en Gross Rosen, otro campamento de concentración situado al sudeste de Liegnitz. Los miembros de las SS, menos optimistas que el desorientado delineante, se habían llevado a sus prisioneros, ahora un conjunto de judíos, polacos y rusos, a un territorio más seguro. Muy pronto, sin embargo, las embestidas relámpago de la ofensiva de Koniev hicieron que toda Silesia resultara insegura. En el desorden general, Tad huyó. Fue a dar a las aterradas comarcas de Turingia, halló protección por parte de una patrulla motorizada norteamericana, y al fin se trasladó a otro país, donde comenzó una vida nueva con otro nombre. A diferencia de Hansen, no considera favorable el experimento de Markstädt, sino que, al igual que los demás supervivientes de los campos de esclavos de Krupp, recuerda el asunto con profundo dolor. Aunque llegó a diplomarse en una universidad, y se ha convertido en un próspero financiero, no puede olvidar a los que dejó para siempre en la cámara de gas de Fünfteichen. El es, según afirma, «uno que habla en nombre de millares». Ya en 1951, cuando compartía el dormitorio con otros dos estudiantes, éstos entraron un día y le encontraron dormitando en la cama. En broma le gritaron «*Aufstehen!*» Tad recordó posteriormente: Me arrojé del lecho, di contra el suelo y me

puse en posición de firmes en seguida. Comprendieron que la broma había resultado excesiva.» Aún por la noche escucha el grito acompasado «*Links... links...*» Y al dormir boca abajo, a veces sueña con una gafas destrozadas.

Por haber huido solo y aunque no quería recordar su pasado, Tad es un característico superviviente *Sklavenarbeit*. En la actualidad sólo recuerda a un alemán de aquellos días, el seleccionador de Krupp en Auschwitz, que más tarde apareció de vez en cuando por el Berthawerk. El tiempo ha reducido todo lo demás a meras sombras. Es poco probable que llegara siquiera a reconocer a "Meister" Malik en la actualidad, y como no conoce a otro superviviente de Fünfteichen o del Berthawerk, nada hay que perturbe su tranquilidad. Pero hay sobrevivientes con memorias más tenaces, entre ellos un estudiante holandés, un sacerdote que vivió en Essen durante el período de guerra, y un radiotécnico. A diferencia de Tad, todos ellos declararon en Nuremberg, y como sus relatos coincidían en muchos puntos, causaron fuerte impresión al tribunal.

En enero de 1943, Hendrick Scholtens, un joven de diecinueve años que había nacido en las Indias Orientales holandesas, de padres oriundos de los Países Bajos, se hallaba estudiando ingeniería aeronáutica en el sudoeste de Holanda (9). Scholtens estaba en Delft, cuando recibió una comunicación procedente del Gewestlijk Arbeidsbureau (Oficina Provincial de Trabajo) de La Haya, ordenándole, en nombre del doctor Arthur Seyss-Inquart que se presentase para ir a trabajar a Alemania. El estudiante conocía a Seyss-Inquart sólo por su apodo, «el Carnicero que gobernaba a Holanda», y se daba plena cuenta de lo que significaba aquella convocatoria. En consecuencia, solicitó en seguida una moratoria de seis meses por estudios, y en cuanto se la hubieron concedido, se dedicó a buscar ayuda. Por desgracia estaba solo en el mundo. Sus padres no podían ayudarle, pues habían sido detenidos en Borneo y se hallaban prisioneros de los japoneses. Sin dinero, y por consiguiente sin posibilidades de pagar a los mediadores del submundo, pudo conseguir a pesar de todo que se postergase lo inevitable durante otro medio año después de expirar su moratoria escolar. Entonces, al comenzar un nuevo año, su última excusa fue rechazada. Trasladado a La Haya le enviaron luego al Flugzeugwerke de Willi Messerchmitt, en Mannheim, donde se le destinó a trabajar en la fabricación de aviones de caza. Scholtens permaneció allí justamente diez días. Luego, actuando con poca cordura, huyó. El 31 de enero de 1944, mientras pretendía volver a cruzar la frontera holandesa, fue apresado y enviado directamente a Essen, donde las SS le mandaron al Werkschutz. Le quitaron la chaqueta, la corbata, el cinturón y el reloj, alegando que eran «artículos de lujo». Le cortaron las mangas por encima de los codos, y durante las cuatro horas siguientes, en compañía de otros recién llegados, les hicieron marchar en la fría tarde de invierno hasta Neerfeldschule, o, como era más conocida, Neerfeld X.

Neerfeldschule, a semejanza de Dechenschule, era un campamento de castigo. Los esclavos se albergaban en un edificio de dos plantas que había sido una escuela, rodeado por dos filas de alambradas de espino con un muro de ladrillo entre ellas. Aquello no era Fünfteichen. Los guardias usaban el uniforme azul de la firma Krupp, no el negro de las SS. En la desmañada declaración hecha en inglés por Scholtens, éste manifiesta: «Neerfeld X era un campamento. Con excepción de su jefe, que vestía de civil —a pesar de todo usaba un distintivo con el nombre de Krupp—, los demás guardias llevaban el nombre en las gorras, y algunos en los

brazaletes.» Por lo demás, el campamento hubiera podido confundirse perfectamente con uno de los que guardaba la Schutzstaffel de Himmler.

A los nuevos internados se les asignaba un número y se les hacía desnudar por completo. Un guardia observó que Scholtens trataba de esconder una fotografía de sus padres, y tras arrebatársela la rompió en pedazos y luego le golpeó en la cara y la cabeza hasta hacerle sangrar. A continuación le hicieron ponerse el traje con rayas amarillas de los presos. Al ordenarle que se sentara en el sillón del barbero para que le cortasen el pelo al rape, el asombro le hizo quedarse mudo momentáneamente. Creyendo que se negaba, dos guardias de Krupp cayeron sobre él y le golpearon en la espalda con porras de goma, hasta que se desplomó al suelo. Según afirma, «siguieron golpeándome en una estancia vecina a la administración, donde me afeitaron la cabeza. Este afeitado se hizo con una navaja y sin enjabonado previo, por lo que al salir llevábamos sangrando la cabeza».

La antigua escuela había resultado dañada por las bombas. En realidad ni siquiera había lugar para los esclavos que estaban ya en el campamento, de modo que el grupo de recién llegados fue enviado al sótano. Buena parte de éste se hallaba cubierto de agua, pero como el suelo era desigual, había algunos lugares secos. Los nuevos internados, que pronto se vieron reducidos al estado de animales, iniciaron una penosa lucha por la posesión de los sitios secos del sótano, la cual se reproducía todas las noches. Scholtens oyó que un guardia le decía a otro: «*Das ist recht schön, sie erziehen sich selber*» (Eso está bien, así van aprendiendo.) A la mañana siguiente les despertaron antes del amanecer. Después de mantenerse firmes sobre la nieve durante dos horas con sus delgadas ropas, les llevaron andando hasta Essen para reparar los daños causados por los bombardeos. Apenas valía la pena hacer el viaje, ya que llegaron hacia el mediodía, y el regreso suponía otras cuatro horas de marcha. Con semejante régimen de actividad, las 2.909 calorías diarias preconizadas por Saur no resultan excesivas, pero cuando les dieron la comida aquella noche (por vez primera en dos días), se vieron ante el que sería el familiar tazón de «agua caliente con hojas de col», acompañado de una rebanada de pan negro. Una vez a la semana, a los esclavos más veteranos, según dijo Scholtens, les daban, además del pan, una porción de margarina, otra de mermelada, y una pequeña salchicha.

Scholtens se dio cuenta de que con aquello no subsistiría. Uno de los veteranos le sugirió que buscasen entre los jergones de paja, para ver si hallaban ratones. «Por repugnante que sea —le dijo el otro—, será el único alimento de que dispondremos.» El estudiante creyó que el veterano bromeaba. Pero cuando vio el caos nocturno provocado por la lucha para poseer los pocos lugares secos, y el hedor de las deposiciones (el uso de las letrinas estaba prohibido hasta el amanecer), el consejo del viejo compañero le pareció menos absurdo. Era evidente que Scholtens no duraría mucho de aquella forma. Podía ver lo que les ocurría a los más débiles: «Cuando estaban demasiado enfermos, los colocaban en camiones, hasta que el suelo del vehículo quedaba atestado. Entonces desaparecían del campamento, y nunca se les volvía a ver.» El joven estaba decidido a evitarse una suerte semejante a toda costa, de modo que en compañía del otro holandés comenzaron la caza de ratones. Al fin dieron con uno.

En Nuremberg estos pequeños episodios parecían incomodar más a la defensa de Alfried que los asuntos más graves, como era la desaparición de los enfermos. El abogado de Krupp procedió entonces a interrogar a Scholtens acerca de lo que llamó «un incidente particularmente desagradable»:

P: ¿Puede usted describir con detalle cómo cazó el ratón?
R: Sí. Teníamos un hambre terrible, por aquellos días... Creo que nos trastornamos un poco, por decir así, y buscábamos cualquier cosa que pudiéramos comer. Al ver que otros prisioneros comían algo, se nos despertaba aún más el hambre. Ellos nos dijeron: «Bueno, vosotros también podéis comerlos.» Había muchos ratones entre las colchonetas de paja, y mi amigo y yo cogimos uno. Aunque no nos gustó mucho, nos lo comimos.
P: ¿Cogió el ratón con las manos?
R: Sí, así lo hice.
P: Y al día siguiente, según afirma, lo cocinó en la fábrica, ¿no es cierto?
R: Sí.
P: ¿Tenían posibilidades de hacer eso?
R: Sí. Cerca de los talleres encontramos algo de madera, e hicimos una hoguera. A veces nos consentían que hiciéramos fuego, cuando hacía demasiado frío; y en la sartén de hierro que siempre llevábamos con nosotros, por si había algo para poner en ella, asamos el ratón, para no comérnoslo crudo.
P: Me gustaría hacer algunas preguntas más acerca del tema. El ratón tiene piel. ¿Desollaron ustedes al ratón, antes de asarlo?
R: Desde luego. Sólo nos comimos la carne.
P: ¿Tenían alguna herramienta para desollarlo?
R: No disponíamos de herramientas. Lo hicimos con trozos de vidrio y de hierro que siempre se podían encontrar por el suelo (10).

La carne del ratón tiene proteínas, como todas las carnes, pero la parte que le correspondió a Scholtens en la caza no podía llevarle muy lejos, y así ocurrió. Seis semanas después de su llegada a Essen, el joven tenía fiebre, se desmayó y le diagnosticaron pulmonía doble. El camión resultaba ya inevitable, pero le salvó una peculiaridad burocrática. Scholtens era un desertor. Legalmente era esclavo de Messerschmitt, y Krupp no podía disponer de la propiedad de otro industrial. En consecuencia el estudiante enfermo, cuyo peso había descendido a cuarenta y cuatro kilos, fue trasladado a la prisión de Mannheim, donde se recuperó lentamente.

El 4 de abril de 1944, cuando Scholtens fue devuelto a su «propietario legal», el radiotécnico y el sacerdote se hallaban aún en los Países Bajos, gozando de libertad. En realidad no conocieron a Scholtens hasta que se hubo producido la liberación de Europa. Lo que unió las vidas de los tres fue Neerfeldschule, adonde les trasladaron ese mismo otoño —tras permanecer también en Dechenschulen—, así como su notable capacidad para identificar a los que les habían maltratado allí. Precisamente esta clase de declaraciones, el encaje de millares de diminutas piezas en el inmenso rompecabezas de la organización esclavista de Krupp, es lo que hace tan importantes las 4.200 declaraciones y las 13.454 páginas que ocupan la transcripción del proceso de Alfried en Nuremberg. Debido a que las diferentes declaraciones se apoyan en muchos casos mutuamente, los relatos de los testigos son más dignos de crédito. De no ser por esto, sus manifestaciones habrían sido consideradas evidentemente como exageradas.

Paul Ledoux no asombró al tribunal —a semejanza de Scholtens se le recuerda principalmente por lo que en su caso se denominó «un tópico desagradable»—, y la actitud de los abogados de Krupp sugerían que éstos consideraban a Ledoux, un hombre bajo y delgado, que usaba gafas

y tenía entonces algo más de treinta años, era dueño de un taller de reparación de radios en Bruselas (11). La Wehrmacht le cerró el taller, ya que la gente que construía transmisores podía resultar peligrosa. En realidad Ledoux, a pesar de su inocente apariencia, fue aún más peligroso para el Reich sin sus válvulas y herramientas. Por el día trabajaba como oscuro empleado en la red de defensa aérea de Bruselas, pero al anochecer se convertía en un destacado dirigente de la resistencia. Ledoux era el hombre que hubiera podido ayudar a Scholtens cuando éste trató de evadir la leva alemana en 1943. Durante tres años el astuto técnico suministró a las inminentes presas de Sauckel y Speer, falsos documentos, al tiempo que publicaba periódicos clandestinos y organizaba actos de sabotaje.

En la noche del 12 de agosto de 1944, fue responsable de la destrucción de todas las líneas telefónicas de Luxemburgo, interrumpiendo además el paso de los refuerzos hacia París. Ese fue el mayor de sus golpes. Pero también fue el último. La Gestapo andaba tras sus pasos desde hacía cuatro meses. En abril huyó de su casa poco antes de que llegaran los policías; comenzó entonces a deambular por Bélgica bajo el supuesto nombre de Delamarre, cuando justamente cinco días después de su *pièce de résistence,* los fascistas belgas le detuvieron en la estación del ferrocarril de Lecambon. La detención fue un hecho rutinario, sin embargo. Pero de haber sabido quién era en realidad, le habrían ejecutado. Por el contrario, según parece creyeron que se trataba de otro *Sklavenarbeit* que había eludido la leva. No dieron motivo alguno para justificar su detención, y el 22 de agosto sus interrogadores, tras escribir NN después de su supuesto nombre, le despacharon a la noche y la niebla del Ruhr.

Al día siguiente llegó a la estación de Essen. Sus días de lucha habían concluido. Hombre inteligente, examinó fríamente las complicadas alambradas de Dechenschule, oyó a los guardias del Werkschutz decir que estaban dispuestos a matar a tiros al que pretendiese escapar, y les creyó. Aun cuando hubiera podido elaborar un plan, sus compañeros de cautiverio estaban demasiado débiles para ayudarle, y él, por su parte, no tardaría en hallarse en las mismas condiciones. En consecuencia decidió aprovecharse de su engañosa apariencia. En una ocasión había estado en un hospital belga de la Cruz Roja, y ahora en Essen, durante los ataques aéreos asumió el papel de enfermero, atendiendo a los heridos y diciéndoles lo que debían hacer para evitar las infecciones. Actuó tan eficazmente durante el gran raid del 23 al 24 de octubre, cuando Dechenschule resultó totalmente destruida y los prisioneros fueron trasladados a Neerfeldschule, que el Lagenführer le nombró *Sanitäter,* una especie de enfermero encargado, y en tal calidad Ledoux declaró en Nuremberg.

Su nombramiento era necesario, explicó Ledoux, ya que con excepción de la ayuda voluntaria de algunas monjas alemanas, los esclavos no tenían atención médica de ninguna clase. Citó casos de hombres que habían muerto por falta de cuidados, y describió la única ocasión en que sus ruegos para obtener consejo profesional fueron atendidos. «El médico se hallaba ebrio —manifestó—, y trató de auscultar los latidos del corazón del enfermo.» Según agregó Ledoux, el médico tenía tal borrachera que no se dio cuenta de que no había latido alguno. Antes de la llegada del doctor, el mismo Ledoux había comprobado la muerte del paciente provocada por la difteria. Después de esa ocasión, Neerfeldschule no recibió más visitas de médicos, borrachos o sobrios. El *Sanitäter* belga, que sólo tenía los conocimientos más elementales acerca de torniquetes y respiración artificial, se enfrentó solo con unos heridos que hubieran puesto en aprieto las instalaciones de la sala de urgencia de un hospital general.

Los abogados de Krupp adujeron que debía culparse a los bombardeos de semejante situación. Los *Terrorbomber* de la RAF habían aniquilado campamentos, *Fremdarbeiter,* y hogares civiles alemanes al mismo tiempo. Alfried no había creado ese caos, ni se le podía hacer responsable de él. Pero la prueba más acusadora de Ledoux, fue una relación del dispensario de Dechenschule *antes* del lanzamiento de las 4.500 toneladas de bombas en la incursión de octubre, y de su inmediato nombramiento como enfermero. *Die Firma,* aseguró secamente el belga al tribunal, había decidido la cantidad de esclavos a los que se permitiría estar enfermos al mismo tiempo. La cifra era del diez por ciento. Por desgracia, Dechenschule en esa época estaba habitada por cuatrocientos prisioneros, y el dispensario no tenía cuarenta camas, sino seis, una de las cuales estaba ocupada por el enfermero alemán que con Ledoux hacía de *sanitäter.* Ledoux fue destinado a la sala 2 A, directamente encima del dispensario, y separada de él por un suelo de tablas con grandes grietas entre ellas. La sala 2 A era en sí misma casi un crimen de guerra. En ella se hallaban cuarenta esclavos, que, según Ledoux, «estaban encerrados en aquella habitación durante toda la noche. Para realizar sus necesidades —añadió—, disponían de sólo dos recipientes de hojalata; éstos eran grandes, pero como la comida de los presos consistía principalmente en líquido (sopa, sobre todo) y la mayor parte de los internados padecía de disentería o enfermedades parecidas a ésta, los dos cubos eran insuficientes para los cuarenta hombres, con el resultado que uno puede imaginar». Hasta el más cruel de los guardias era capaz de comprender las consecuencias de esa situación. «*Wie viele sind heute nacht krepiert?*», nos gritaban por la mañana (¿Cuántos de ustedes murieron por la noche?) El abogado que interrogaba a Ledoux preguntó si no protestaron. Algunos lo hicieron, como el enfermero de Krupp. Al pasar lista, «este enfermero se quejó a los guardias de que la orina caía desde arriba al dispensario». No satisfecho, el abogado alemán insistió en preguntas como «¿Podía caer desde el techo?» y «¿Tenía el techo orificios o grietas?» Por más que eso se había explicado ya con toda clase de detalles, la defensa de Krupp insistió sobre esos «desagradables tópicos».

Esta era una situación corriente durante los procesos por crímenes de guerra. Bien por incredulidad, o por otras causas, los defensores de los acusados, siguiendo el procedimiento judicial europeo, mostraban un excesivo interés porque el tribunal estuviera en posesión de todos los hechos, y los interrogatorios proseguían hasta que las repugnantes escenas quedaban grabadas en la mente de todos los presentes. En este caso, eran los cuarenta esclavos del 2 A, avanzando tambaleantes hacia los dos recipientes rebosantes de heces semilíquidas, las que se extendían por los rústicos tablones y caían sobre los afiebrados pacientes del piso inferior, y además del hedor y el ruido de las deposiciones nocturnas de tantos enfermos. Debido a su antigua categoría, en muchos casos los internados en Dechenschule hasta habrían sido bien recibidos como invitados en Villa Hügel cinco años antes. Ahora, a una manzana tan sólo de Altendorferstrasse, desde donde Alfried seguía su trayecto diario entre el castillo y el despacho en su lujoso automóvil, esas gentes se veían obligadas a defecar sobre sus propios compañeros enfermos. De haber privado algún caballerizo a los corceles de Krupp de su equilibrada dieta de avena, Alfried le hubiera despedido inmediatamente, y el hombre habría tenido que buscarse un trabajo en cualquier otra parte. Claro está que no le hubiese resultado difícil encontrarlo. Siempre había necesidad de personal en el Werkschutz.

Diecinueve años después de que el Comando de Bombardeo británico aniquilase Dechenschule, el autor de este libro se hallaba tomando el té en el palacio del doctor Franz Hengsbach, el joven y dinámico arzobispo católico de Essen, rodeado de las sagradas reliquias locales —algunas con novecientos años de antigüedad—, que habían sobrevivido milagrosamente a los bombardeos. En las paredes colgaban los retratos de las dos últimas abadesas que rigieron la ciudad antes de la llegada de Napoleón en 1802, y el del Papa Pío XII. El propio arzobispo, con su manto y bonete purpúreos, y el refulgente crucifijo colgándole del pecho, parecía pertenecer a otra época (12).

Pero la impresión no duraba mucho tiempo. Afuera, un gran letrero de neón situado encima del hotel Handelshof proclamaba el resurgir económico de Alemania Occidental: «ESSEN DIE EINKAUFSSTADT» (ESSEN, CENTRO DE COMPRAS), y a través del cristal de la ventana se podía observar, justamente al otro lado de la calle, el edificio de la antigua sinagoga, que actualmente servía como exposición de los últimos productos del Ruhr. Ni siquiera la iglesia constituía un remanso para el activo espíritu del Ruhrgebiet, cosa que por otra parte no deseaba su prelado. En el anular de éste relucía el anillo engastado con un trozo de carbón de la mina de Hannover-Hannibal, de Alfried, y sobre su mesa reposaba un ejemplar de *Kreuz über Kohle un Eisen,* un relato acerca de la fructífera unión entre la cruz, el carbón y el acero. Al hacer mención del propio Alfried, el prelado suspiró lleno de afecto, manifestando: «*Ach, Krupp! Die drei Ringe!*»

Se explicó. Aunque la dinastía nunca se había unido al catolicismo, más de la mitad de la población del gran Essen era católica, y se comenzó a establecer vínculos extraoficiales entre Villa Hügel y el Vaticano con las caritativas obras de Margarethe y Bertha Krupp. Esos lazos se fortalecieron rápidamente cuando Gustav fue encarcelado en 1923, y un sacerdote de treinta y siete años fue a visitarle a su celda y rogó a los franceses que le dejasen en libertad. En setiembre de 1962, el mismo sacerdote, ahora el cardenal Gustavo Testa y legado papal, se trasladó hasta Hügel para imponer a Alfried una *Gedenkmedaille* o medalla conmemorativa de oro, en nombre del Pontífice (13).

Los eclesiásticos admiradores de la dinastía bien pudieron haber permanecido callados durante las horas de prueba. Pero prefirieron hablar en voz alta. Essen no se convirtió en diócesis hasta diez años después de la condena de Alfried, pero el 14 de marzo de 1948, cuando la acusación de Krupp estaba llegando a su punto crucial en Nuremberg, el cardenal Josef Frings, sexagenario arzobispo de Colonia, hizo una declaración en la arruinada Essen, que decía: «Cuando me refiero a Krupp y a la familia Krupp, hablo de todo lo que ha hecho a Essen lo grande que es hoy. Debo manifestar que esta firma y su familia siempre han demostrado un gran interés social, y cuidaron mucho del bienestar de sus trabajadores y empleados. Sé que todos los habitantes de Essen están orgullosos de ser obreros, empleados y funcionarios de Krupp. Si hay alguien que pueda ser considerado como ciudadano de honor de la ciudad de Essen, tal es sin duda el jefe de esa casa.» El prelado agregaba que no pretendía influir sobre el tribunal. De todos modos, expresaba su confianza de que «nadie pensará mal de mí si digo que me preocupa profundamente el destino de esta familia, que una vez estuvo tan bien considerada» (14).

Si alguien pensó mal del prelado, prefirió callarse. El doctor Hengsbach, llegado al Ruhr diez años después de la condena de Alfried, se mostró impresionado ante las contribuciones de la familia Krupp al catolicismo, desde que Alfried fuera puesto en libertad. Este donó la vidriera

mayor de la catedral de Essen, desempeñó un papel principal en la reconstrucción de la cercana iglesia de Münster-in-Westfalen, que había sido derruida en gran parte durante los bombardeos de los Lancaster. Contribuyó además con grandes sumas al mantenimiento del hospital católico, y a la universidad católica de Tokio, y patrocinó una exposición de arte cristiano primitivo en Villa Hügel, a la que el Papa envió un legado.

Al pasar revista a semejantes donaciones, Su Eminencia dijo a este escritor: «El obispo de Essen sólo puede estar agradecido a Alfried Krupp.» Luego, al tratar acerca del discutido *Der Stellvertreter* (el vicario) de Rolf Hochhut, durante la merienda, el doctor Hengsbach mostróse casi tan indignado por el trato que daba Hochhut a Krupp, como por el que daba a Pío XII. Al recordársele que la obra había sido dedicada a la memoria del padre Maximilian Kolbe, internado número 16670 de Auschwitz, replicó que eso era intrascendente. Dijo que Alfried había mantenido sus propios campos de concentración en la misma ciudad, y agregó: «La esclavitud laboral fue un crimen nazi. No tuvo nada que ver con Krupp.»

La manifestación del arzobispo hubiera sorprendido al padre Alphonse Charles Gyseline Come (15), que había sido encerrado en Dechenschule KZ como internado número 137, y que compartió su suerte con otros dos sacerdotes católicos de los Países Bajos. El padre Come suele volver a menudo al sitio de su antiguo campamento, ahora señalado con una pequeña losa grisácea a la que se ha añadido una placa de bronce cuya inscripción dice así:

«Am 23, 10 1944
Starben Hier
Für die Freiheit
61 Europäer.»

«El 23 de octubre de 1944
Murieron aquí
Por la libertad
61 europeos.»

Un grupo de alemanes redactó la inscripción, que nunca pareció suscitar la curiosidad de los niños, debido a la imprecisión de los términos. Hasta falta la nacionalidad de los europeos muertos. El padre Come es una fuente que proporciona grandes detalles. Ha sido el autor de *Témoignage sur les Camps de Dechenschule et Neerfeld,* el Diario clandestino atestado de datos y cifras que redactó en la oscuridad, durante su cautividad, y escondió entre las tablas del piso, y que fue examinado en Nuremberg como principal testimonio de la acusación, a pesar de que el cardenal Frings apoyase a Alfried, diferencias de opinión que algunos imputan a cierto fanatismo, pero que también pueden deberse a la brecha que existe entre algunos miembros de la Romana Iglesia Católica.

El padre Come no era un prelado, y por consiguiente nunca conoció a Krupp. Aún hoy día es párroco de un pequeño grupo de fieles en Leignon, Bélgica, una de esas diminutas poblaciones del Mosa de callejas retorcidas y piedras desgastadas por los elementos, que nunca se han rendido ante el siglo XX. En el verano de 1944 su parroquia era Smuid, situada a treinta y cinco millas de Bastogne, y aún más pequeña que Leignon. Entonces creyó que la guerra había terminado con la rendición

del rey Leopoldo III. Durante la guerra, Alphonse Come fue capellán del ejército de Su Majestad. Hombre delgado y alto, de intensa expresión ascética y cuyos rasgos, en las fotografías actuales, siempre parecen algo emaciados.

Los abogados de Krupp trataron incansablemente de identificarle con la resistencia belga, pero en este caso no tuvieron demasiada suerte. Cuando Paul Ledoux habló en el banquillo de los testigos de «mis tres camaradas, uno de los cuales era el padre Come» (16), estaba simplemente describiendo una relación iniciada en el campamento. En realidad nunca se habían conocido anteriormente, y en circunstancias normales, Ledoux jamás se habría referido a un sacerdote como su «camarada». El párroco de Smuid nunca falsificó documentos, ni hizo saltar puentes, ni destruyó comunicaciones de la Wehrmacht. Ante los interrogatorios de Nuremberg, lo más que admitió fue: «Como sacerdote católico era mi deber oponerme a la pretensión de volver el mundo al paganismo.» En un continente dominado por la esvástica, el Generalstab y los Schlotbarone, eso bien pudo ser considerado como subversivo, pero difícilmente podía equipararse a las hazañas de Ledoux.

Una de las tareas del padre Come, como párroco, fue la de levantarse temprano en la húmeda mañana del 15 de agosto de 1944 para preparar la Fiesta de la Asunción, conmemorando el milagroso ascenso de la Virgen María a los cielos. De todos los actos que pueden provocar la detención de un sacerdote, éste era el menos justificado. Hasta la Wehrmacht honraba la festividad del día. Ciento sesenta y cinco millas más allá, en la catedral de Amberes, el cuadro de Rubens que representaba la Asunción, había sido cuidadosamente ocultado, para evitarle posibles daños, y los frescos del Correggio y de Gaudenzio Ferrari fueron protegidos con numerosas colchonetas para impedir los destrozos de las bombas.

Por desgracia para los clérigos europeos, los conquistadores demostraban una actitud desconcertante respecto a los asuntos religiosos. Durante las diez semanas que siguieron al desembarco de Normandía, las actividades guerrilleras se extendieron desde Waddense hasta la Francia de Vichy. En todas las poblaciones, las represalias alemanas se dirigieron contra los vecinos más estimados. Así, el maltratado cadáver de Kaj Munk, uno de los sacerdotes más queridos de su país, fue abandonado en una cuneta con un letrero que decía: *Schwein, du hast dennoch für Deutschland gearbeiter* (Cerdo, a pesar de todo trabajaste para Alemania.) Las pequeñas poblaciones belgas estaban ya acostumbradas a los carteles rojos con orlas negras en que podía leerse:

> «Cobardes criminales pagados por Inglaterra y Moscú dieron muerte al Feldkommandant de Mol en la mañana del 2 de julio de 1944. Hasta el momento los asesinos no han sido detenidos. Como represalia de este crimen, he ordenado que sean fusilados cincuenta rehenes, comenzando por... Otros cincuenta rehenes serán fusilados también si los culpables siguen en libertad en la medianoche del 25 de julio de 1944 [*Falls die Täter nicht bis zum Ablouf des 25 Juli 1944 ergriffen sind, werden... weitere fünfzig Geiseln erschossen werden*].»

A comienzos de agosto una política astuta fue adoptada por las autoridades de ocupación responsables de los Países Bajos (*). Como señaló el tribunal de Alfried, «se realizaron brutales reclutamientos en Bélgica».

(*) En España suele llamarse Países Bajos exclusivamente a Holanda. En otras naciones, especialmente las sajonas, el término Países Bajos incluye a Holanda, Bélgica y Luxemburgo. (N. del T.)

Ciudadanos queridos por todos desaparecieron en el NN, y «fueron empleados por la firma Krupp» (17). Una de tales operaciones fue llevada a cabo en las Ardenas. En la víspera de la Asunción, un ayudante del general Alexander von Falkenhausen, gobernador militar del país, trazó con lápiz rojo un gran círculo en torno a la provincia de Luxemburgo, y a las 5,30 de la mañana, cuando el padre Come acompañaba a su madre hacia la iglesia, el movimiento de tropas germanas había concluido. La hermana del sacerdote, Eugénie, fue la primera en darse cuenta. Antes de abrir la puerta, echó una mirada por la ventana, y llevándose una mano a la boca gritó: «*Les allemands!*» Su hermano, se acercó a observar. Vio entonces que la vicaría estaba rodeada por los soldados del Führer, en uniforme de campaña. Todas las salidas del pueblo estaban bloqueadas, y el alcalde, el secretario del Ayuntamiento, dos jueces y dos consejeros, la mayor parte de ellos en camisón de noche, fueron conducidos a un camión. El padre Come salió al exterior y fue apresado por un cabo de la Wehrmacht. El suboficial gritó: «*Sie sind verhaftet!*» (¡Queda arrestado!), y cuando el asombrado párroco preguntó el motivo, le dijeron que se trataba de una orden.

Otra orden establecía que los prisioneros, con sólo un maletín cada uno, fueran trasladados a Alemania. Primeramente, sin embargo, fueron llevados sesenta millas al sur y entregados en la prisión de Arlon, cercana a la frontera. Arlon se había hecho famosa como «la Bastilla de la Resistencia» —a Ledoux le condujeron allí, donde estuvo dos días—, pero sus celdas nunca se vieron honradas por prisioneros tan distinguidos. Al mediodía el patio de la cárcel parecía una reunión de dirigentes de la provincia. «En un pueblo vecino, diez más fueron detenidos, otros diez en otro algo más alejado, y doce en un tercer pueblo», declaró más tarde el padre Come. Y así siguieron las cosas: los alcaldes, sacerdotes, médicos y abogados, fueron retenidos para ponerlos fuera de actividad. Los guardias les trataron como a sus predecesores. París se levantó el 25 de agosto (un día negro para Alfried, ya que el sargento Norbert Barr, un austríacoamericano de edad madura que había sido en París corresponsal del *Berliner Tageblatt* antes de la guerra, dirigió un grupo de cuatro soldados del VII Cuerpo de Inteligencia de Estados Unidos hasta el 141 del Boulevard Hausmann, y se apoderó de los archivos de Krupp), pero ni una sola palabra sobre el alzamiento traspasó los viejos muros de Arlon. A las cuatro de la mañana, a los detenidos se les hizo levantar y les dijeron que se cambiaran de ropa. Un guardia ordenó al padre Come y a otros dos sacerdotes que se quitaran las sotanas. Un oficial les dijo luego que cualquiera que fuese el resultado de la guerra, su epitafio sería: *Schwein, du hast dennoch für Deutschland gearbeitet.*

Was sonst noch?, inquirió tímidamente uno de los llamados cerdos. La brutal respuesta fue que no se preocuparan de lo que les ocurriría más tarde. Pronto lo sabrían. En efecto, se enteraron a las 5,30 de la tarde, cuando salieron de los vagones de tren que les habían llevado hasta la estación de Essen, y les ordenaron formar junto a las vías. Un *Feldwebel* de la Wehrmacht les observó detenidamente, y luego se echó a reír: «Ahora vais a trabajar para Krupp, y para vosotros eso va a ser ¡bum!, ¡bum!, ¡bum!», exclamó. Como le mirasen un tanto extrañados, el sargento se explicó: «¡Os hablo de los bombardeos!» Los belgas seguían sin entender del todo lo que les decían. Un destacamento de alemanes les llevó hacia Hindenburgstrasse, y al cabo de una hora los belgas comenzaron a entender: Les entregaron mantas en que aparecían impresos los *drei Ringe* de la firma Krupp, y les hicieron vestir trajes de arpillera gris con franjas amarillas y adornados con los mismos anillos. Por

último, se les destinó a la sala 2 A de Dechenschule, con sus dos grandes recipientes letrinas y su indescriptible suciedad.

A las 8,30 de aquella noche, la puerta fue cerrada con candados y cerrojos, y comenzó el tormento nocturno de los hombres enfermos que había debajo. Ocho horas más tarde rechinaron las cadenas, se abrió de golpe la puerta y un pelotón de guardias uniformados de azul irrumpió en la estancia gritando «*Wie viele sind heute nacht krepiert?*» y «*Aufstehen!*», al tiempo que azotaban con tubos de goma, en la oscuridad, a los que tenían delante. Comenzó así la rutina diaria. Los prisioneros eran conducidos a un horno Siemens-Martin a las seis de la mañana, pero antes debían limpiar la suciedad del suelo de su sala. Esa misma noche, después de estar doce horas acarreando sacos de cemento de 45 kilos, el padre Come comenzó a redactar su documento. Al cabo de una semana llevaba bastante escrito. Su tono era objetivo:

> «Este campamento, rodeado por paredes cubiertas con alambre de púa, se hallaba vigilado al estilo militar, día y noche, por hombres de Werkschutz. Los internados debían marchar al trabajo y regresar de él en diferentes grupos, y les conducían hombres del Werkschutz armados, los cuales les mantenían bajo vigilancia durante la tarea [*Les hommes étaient menés et remenés de travail en différents kommandos, à plusieurs ateliers de Krupp, par des Werkschutz armés qui surveillaient durant le travail*]... Dos veces por día se pasaba lista, una por la mañana y otra por la noche. Su comida era la misma que se sirve a los presos de más baja clasificación procedentes del Este (tazones de sopa aguada y un poco de pan, sin más extras).» (18).

El padre Come tardó algún tiempo en darse cuenta que se le había clasificado de manera especial. Sólo los sacerdotes, por lo que podía ver, subían y bajaban las escaleras tambaleándose bajo el peso de los sacos de cemento. Las tareas más pesadas se les asignaron a ellos. Sucesivamente trasladó lingotes de 50 kilos de peso en los Talleres Martin I, manejó el pico en la construcción de un túnel, instaló alambradas de púa en los campamentos, colocó barrotes de hierro en las ventanas, cargó con cestos de escombros, cavó trincheras y limpió los barracones de los guardias del Werkschutz.

En cualquier parte donde trabajara, le hacían llevar los objetos más pesados, le daban las tareas más sucias, y le dejaban descansar menos tiempo que a los demás. Rebuscó en su memoria, por si había violado alguna norma sin darse cuenta, pero no pudo recordar nada malo. Luego observó que cuando algunos de sus compañeros esclavos le llamaba *mon père, monsieur le curé,* o *l'abbé,* los capataces le designaban deliberadamente por su número. «*Los, Hundertsiebenunddreissig! Rasch!*», gritaban, y el 137 se apresuraba a obedecerles. Eso no le importaba demasiado, pero el que se refirieran a los belgas como *Stücke,* le ofendía profundamente.

Conforme empeoraban las condiciones en el campamento, la situación del cura iba también volviéndose más delicada. No le era posible abandonar sus responsabilidades de sacerdote. Debía dar la Extremaunción a los católicos moribundos, por más que se opusiera el Werkschutz, y también quiso celebrar misa. Otros prisioneros rogaron al Lagerführer en repetidas ocasiones que concediera ese permiso, pero la respuesta era siempre negativa. Por último, como el *curé* recordó más tarde, el comandante «me llamó a su oficina y me repitió específicamente la prohibición

de cumplir con mis deberes religiosos para no recibir el castigo más severo que podía existir, es decir, la pena capital» (19). Debido a la gran cantidad de católicos que había en Essen, algunos guardias eran miembros de la Iglesia, y el ver que amenazaban con la muerte a un sacerdote por querer decir misa, les apenaba profundamente. Muchos le dijeron en secreto al padre Come lo que pensaban. Uno le puso en la mano cuatro marcos, le dio su nombre y le pidió que rogara por él. Otro le entregó un pequeño crucifijo. Sin embargo, la actitud oficial hacia el internado número 137 no cambió en ningún momento.

La noche del 23 al 24 de octubre, que recuerda la placa del monumento, fue la más ajetreada en la carrera del cura. Nadie trató de impedirle ejercer su ministerio, cuando en las cuarenta y ocho horas siguientes los heridos más graves iban muriendo uno a uno. Todo quedó convertido en humeantes ruinas. Según hizo notar el padre Come, «los supervivientes permanecieron durante dos días, siempre bajo la vigilancia de sus guardias, en un cobertizo situado a unos diez metros de las ruinas del campamento». Esa misma noche, a los heridos que podían andar se les llevó a Neerfeldschule. Cualquier otro campamento, se dijeron unos a otros, sería mejor que el destruido. Pero se equivocaron.

> «También este campo se hallaba encerrado entre vallas de púa, y había también alambre tejido en las ventanas... El campamento era vigilado día y noche por uno o dos centinelas armados... En realidad, la situación en Neerfeld fue mucho peor que en Dechenschule. El trabajo abusivo, las lamentables sobras que daban de comer a los internados, la completa falta de higiene, de medidas sanitarias y de cuidados médicos, causaron la muerte de una docena de prisioneros que en sus circunstancias no podían procurarse fuera del campo las cosas que necesitaban [*causèrent la mort d'une douzaine de détenus qui avait été mis par ce régime, dans l'impossibilité de trouver hors du camp tout de qui y manquait*].» (20).

En Neerfeldschule los belgas trabaron conocimiento con ciertos refinamientos propios de los *Sklavenarbeit*. Había un azotador oficial en el campamento, y también se presentaban capataces que disgustados por el trabajo de algún prisionero durante el día, pedían una fusta a un guardia del Werkschutz y azotaban al perezoso obrero. Entre tales víctimas se contó Ferdinand Thielgen, el cual había sido ayudante administrativo del gobernador de la provincia de Luxemburgo.

Para entonces el padre Come se hallaba desesperado, y se había convertido en la pesadilla de Von Bülow. (En uno de los momentos dramáticos del proceso de Nuremberg, el enjuto sacerdote, vistiendo de nuevo su sotana, se enfrentó con el hombrecillo que había sido su antiguo amo, y a través de la sala del tribunal manifestó: «Con mi uniforme de preso, de rayas amarillas, llegué a entrar en el despacho del Werkschutz de Von Bülow, y... abrí el fuego, aunque creo que él apenas lo recuerda actualmente.») (21). Resultaba humillante servir como esclavo personal a un hombre que Hitler había designado *kruppscher Hauptabwehrbeauftragter*. A pesar de todo, el sacerdote tenía ahora mayores ocasiones para llenar las hojas con su diminuta escritura (*). Por más que el padre Come nunca llegó a ver al propio Krupp, Bülow era el hombre más allegado al único propietario, de los que había en el Konzern. Si lograba com-

(*) En la actualidad el diario es casi ilegible. El padre Come tuvo que descifrar algunos párrafos confusos al autor de este libro.

prender la postura de Alfried, se dijo el esclavizado clérigo, podría descubrir la razón de la oscuridad que rodeaba a todos aquellos hombres.

Pero fracasó en su intento. El sonrosado y pequeño patricio prusiano de incansables manos y ojos saltones, cuyo apellido habían llevado orgullosamente durante tres siglos una serie de diez Feldmarschalls, estadistas, escritores y músicos, seguía siendo un enigma. Después de un bombardeo, Bülow «vino a echarnos un discurso —por cierto, que en excelente francés—, y por la forma en que nos habló, se hacía evidente que si bien no era el hombre que tenía nuestro destino en sus manos, aún podía hacer algo por mejorar nuestra existencia allí. Prometió que nos proporcionaría mejores alojamientos y mejor comida, y dijo que habían sufrido un error respecto a nosotros. Nos felicitó, pero declaró que no era culpa de Alemania si habían tantas víctimas a consecuencia de los bombardeos, ya que la razón era la guerra, la cual fue forzada sobre los alemanes por los Aliados». Entonces, con su extraña y apagada voz, Bülow pidió a cualquiera de nosotros que tuviese una queja, que la expusiera. Después de recibir tantos palos, aquella frase resultaba irónica. Los demás permanecieron callados; Paul Ledoux estaba dispuesto a hablar, no lo hizo porque, según dijo después, sabía que «éramos seres supeditados a las órdenes. De nada valía hablar». Hubo, sin embargo, uno que al protestar lo hizo con toda inocencia. Un belga llamado Decoune se adelantó e informó a Bülow que los guardias del Werkschutz, que también pasaban hambre, robaban a los prisioneros la poca comida que éstos tenían. Bülow se marchó rápidamente, con aire ofendido. En cuanto hubo atravesado la puerta, Decoune fue entregado al guardia encargado de los castigos (*) (22).

Exceptuando a Alfried, Bülow sería el que recibiera la sentencia más dura durante el proceso de Krupp. Si aceptó el veredicto, como lo hizo, lo mismo debemos hacer nosotros. De todos modos, su culpabilidad no tenía un carácter sencillo. Más que nadie en la historia de la dinastía, Bülow nos evoca la memoria de Friedrich Alfried Krupp, y es concebible que su padre, que había pasado cuatro años aprendiendo argucias e intrigas de Fritz Krupp a comienzos del siglo, hubiese transmitido esas sutilezas a su hijo. A su modo, el jefe de la policía de Krupp, desde 1939 hasta 1945, fue tan malvado como Hassel, el Obersturmbannführer de las SS que figuraba en las nóminas de Krupp como delegado jefe del Werkschutz, y al que Bülow culpó de todo durante los interrogatorios que precedieron al proceso en sí. Pero los acusados ausentes siempre son de recelar. Bülow era el que mandaba, y tenía recursos e imaginación. Aunque, en realidad, no hubiera elaborado el plan, ciertamente se enteró de muchas cosas, como por ejemplo, la destrucción por parte de la policía de Krupp de las tarjetas de la Cruz Roja belga, en las Navidades de 1944, sutil tortura psicológica que el padre Come aún recuerda como el momento más cruel de su encarcelamiento. Cuando se distribuyeron las tarjetas, los prisioneros se mostraron jubilosos. Cada prisionero podía dirigir una tarjeta de Navidad a su familia, con un contenido que no excediera de veinticinco palabras. Los prisioneros no esperaban ver de nuevo aquellas tarjetas hasta que volviese la paz.

Pero las volvieron a ver, o mejor dicho, vieron lo que quedaba de ellas. Fue su enjuto sacerdote quien hizo el descubrimiento. Entre los

(*) La reclamación de Decoune estaba justificada. Los archivos de Krupp revelan que «Los SS se quejaban de que miembros del Oberlagerführung robaban el azúcar de los prisioneros» (**Beschwerte sich die SS, dass di Oberlagerführung zu Unrecht Zucker einbehalten habe, der für die Ernährung die Gefangenen bestimmt war).** (NIK-7014).

quemados tizones de una estufa sobre la que unos guardias del Werkschutz habían estado calentándose las manos, el cura halló trozos de tarjetas con los mensajes ilusionada y laboriosamente escritos. Los belgas creyeron que proporcionaban a sus familiares unas Navidades dichosas al felicitarles y hacerles saber que aún estaban vivos. Cada uno escribió sus veinticinco palabras con unción amorosa. Pero luego los guardias de Krupp encendieron el fuego con ellas. Y además, permitieron que los esclavos lo supieran, de modo que todos se enterasen de que en 1945 su sino aún seguiría oculto en la noche y la niebla, o algo peor aún (23).

22

Noth kennt kein gebot

A finales de la primavera de 1884, una mujer de aspecto menesteroso, procedente de Escandinavia, llamó a la puerta principal de Villa Hügel y fue rechazada por los criados del gran Kanonenkönig. Esa misma noche la mujer escribió directamente al propio Alfred. La odisea de una mujer extranjera en mala situación, conmovió a éste, que entregó la petición a Pieper, con órdenes de que se le dieran mil marcos de los gastos de caja:

> *«Von einer hier bereits abgewiesenen Norwegerin erhalte ich solben dies Schreiben. Es kann ja alles Lüge und sie kann schlecht sein, aber es ist ja auch möglich, dass sie nur einmal leichtsinnig war un'verstossen wurde von der Familie... Noth kennt kein Gebot.»*

> «Acabo de recibir esta carta de una señora noruega que ha sido ya expulsada de aquí. Puede que sea todo mentira, y tal vez sea una mala mujer, pero también es posible que haya sido imprudente una vez, y que su familia la echase de casa. Habla aquí de arrojarse al Rhin. Aun cuando esa mujer no valga nada, es posible salvarla, y eso valdría la pena. En primer lugar, debe ser rescatada de la amenaza de la indigencia, de morir de hambre, de perder la razón o de caer en el vicio. La necesidad no reconoce leyes» (1).

La caridad siempre fue uno de los orgullos de la familia Krupp desde entonces. La manifestación de que cuidaban profundamente del bienestar de los demás fue puesta de manifiesto por historiadores a sueldo y anunciada en los folletos de la compañía. Aún sigue ocurriendo así. Sin embargo, hubo una época en la que el biznieto de Alfred no sólo abandonó a las mujeres extranjeras, sino que las explotó, abusó de ellas y luego las abandonó a un destino mucho más triste que las turbias aguas del Rhin. La fuerte hoguera del Tercer Reich ya estaba quedando reducida rápidamente a cenizas. No había dónde conseguir mano de obra, y en consecuencia, como la necesidad no reconoce leyes, Krupp utilizó muchachas, madres, y al fin recurrió a la construcción de un campamento privado de concentración para niños.

En febrero de 1944 Hendrik Scholtens se hallaba trabajando junto a muchachas judías de origen húngaro. Si bien estaban prohibidas las conversaciones, el joven logró intercambiar algunos susurros con una de ellas. Más tarde la chica le entregó una nota. «Me escribió —recuerda Scholtens más tarde—, que la habían detenido en Budapest durante una *razzia*, por ser judía» (2).

Esto no deja de resultar extraño. El *Judenmaterial* llegó a Essen en fecha relativamente tardía de la guerra. Hungría era de los últimos países considerados por Adolf Eichmann. La primera *razzia* oficial fue llevada a cabo en la primavera del año referido. De acuerdo con una declaración del SS Hauptsturmführer Dieter Wisliceny, la entrevista de Eichmann con Höss en Budapest, para establecer los detalles de la leva, se llevó a cabo «en junio o julio de 1944», al menos dos meses después de que Scholtens hubiera abandonado el Ruhr. El origen del grupo de muchachas húngaras que encontró, sigue siendo un misterio. No hay referencias sobre el mismo en los documentos que se conservan, y sólo puede deducirse que las víctimas fueron apresadas durante una incursión prematura. Pero uno de los recuerdos del padre Come resulta más claro. Cuando marchaba hacia Walzwerk I, en una mañana de setiembre, su grupo se detuvo junto a unas cuantas mujeres que esperaban en la esquina de Helenenstrasse y Bottroperstrasse. A pesar de los guardias y de los obstáculos lingüísticos, el sacerdote escuchó algunas voces que murmuraban en deficiente francés. Oyó las palabras *juif* y *Hongrie*, y sacó en consecuencia que se trataba de judías húngaras. Se preguntó dónde trabajarían y dónde estaría su campamento (3).

En la actualidad sabemos eso y mucho más. Aquella mañana 520 muchachas y mujeres jóvenes formaban frente a los hombres de Dechenschule, dispuestas a entrar en el Walzwerk II de Krupp. A comienzos de aquel año pertenecían a una comunidad de unos 300.000 judíos que habitaban en Hungría o en territorios adyacentes ocupados por este país después de Munich. El destino, que en un principio les había sido asignado a todas ellas, está expuesto en una serie de cartas que definen las peculiares relaciones existentes entre Höss y la industria alemana. El Lagerführer de Auschwitz, que poseía ya los cristalillos de Zyklon-B como medio más eficaz para despachar a los seres humanos, se aplicó entonces al estudio de los crematorios, y solicitó precios de los fabricantes de hornos. Fueron varios los que contestaron, ya que la competencia era intensa en esa rama del comercio. Una firma manifestaba que sus hornos de Dachau habían proporcionado «plena satisfacción en la práctica» (*sich in der Praxis ausgezeichnet bewährt haben*). Otra entraba en detalles explicando:

> «Proponemos el empleo de sencillos aparatos metálicos, como cilindros móviles, para introducir los cadáveres en el horno... Sugerimos carros livianos o carretillas para trasladar los cuerpos desde los lugares de depósito hasta los hornos. Examinen, por favor, los diagramas adjuntos, dibujados a escala. (*Für den Transport der Leichen vom Aufbewahrungsraum bis vor die Öfen empfehlen wir, auf Rädern laufende leichte Transportgestelle zu verwenden und geben wir Ihnen auch für diese eine Masskizze*)» (4).

El ganador de la licitación de Auschwitz fue la firma de Sajonia I.A. Topf und Söhne, quien, en una carta fechada el 12 de febrero de 1943, agradecía la aprobación de Höss, con una comercial respuesta dirigida

«*An die Zentralverwaltung der SS und Polizei, Auschwithb*», colocando debajo del membrete: «*Betr.*: *Krematorien für das zweite und dritte Gefangenenlager*» (Asunto: crematorios para los campamentos dos y tres), y luego entrando de lleno en el tema:

«Por la presente acusamos recibo de su pedido de cinco hornos triples, junto con dos ascensores eléctricos para subir los cadáveres, y otro ascensor de emergencia. También recibimos pedido de ustedes para dos instalaciones prácticas, una para atizar cenizas, y otra para eliminarlas» (5).

La conferencia entre Höss y Eichmann modificó en cierto modo los planes. Aunque el Lagerführer estimó que «sólo el 20 o todo lo más el 25 por ciento de esos judíos húngaros podían ser utilizados para el trabajo» comprendidos «mujeres y algunos niños de doce o trece años», las SS se hallaban ocupadas entonces en el exterminio por el trabajo, y los seleccionadores de Krupp ya se encontraban situados junto a las puertas de los campos de concentración. A comienzos del verano de 1944 las SS notificaron a las empresas fabricantes de armas que estaban disponibles de cincuenta a sesenta «judías húngaras» (*ungarische Jüdinnen*). Al preguntar, aconsejaron a Krupp que «se pusiera en contacto con el campo de concentración de Buchenwald, acerca del asunto de la colocación» (*sich direkt mit dem KZ Buchenwald in Verbindung zu setzen*), pero dijo que la firma «debía conseguir cierto número de mujeres» (*mit einer Anzahl Frauen rechnen müsse*).

En realidad, Krupp parecía preferir la mano de obra femenina para determinadas tareas. «Nuestra última petición fue de 700 mujeres», se lee en una nota del 28 de julio, para el archivo de Alfried, que resumía una conferencia sostenida con un capitán de las SS de Buchenwald. La experiencia con mujeres rusas había sido alentadora, y ese mismo mes el Standartenführer Pister, jefe del campamento de Buchenwald, se presentó en el Hauptverwaltungsgebäude para tratar detalladamente del propuesto empleo de judías en los talleres de trenes de laminación (6).

Estos detalles, suministrados a Alfried por Bülow, determinaron que Krupp pagaría la acostumbrada suma a las SS. La firma acordó suministrar a las muchachas una manta en verano y dos en invierno; serían albergadas en Humboldt, un campamento situado a veinte manzanas de Dechenschule, que había sido evacuado recientemente por internados militares italianos. Los subordinados de Alfried juzgaron que el campo era magnífico. «Lo primero que había que hacer —le informaron—, era alzar una valla de alambre de espino frente a la estancia desde donde hay una pequeña salida, levantar algunos barracones para el comandante de la guardia, el oficial de servicio y el personal femenino alemán». No se explicaba por qué no habían resultado necesarias las vallas con alambre de púa para los italianos, y sí para unas muchachas judías, pero el miembro de las SS no opuso objeción alguna a las condiciones. Mas al inspeccionar Humboldtstrasse, el capitán mostró sus dudas en otros aspectos. En primer lugar, los alojamientos le parecían pequeños. Eso, le aseguraron, podía remediarse colocando «tres literas una encima de otra, en lugar de dos» (*3 Betten übereinander statt bisher 2*). Luego estaba el problema de la distancia. El *Judenmaterial* que llegaba de Auschwitz venía mal calzado, señaló el comandante de Buchenwald. Las muchachas no podían ir y venir entre Humboldtstrasse y Walzwerk II. En consecuencia, condicionó la entrega a que la empresa acordase el traslado de las chicas en tranvías. Krupp accedió. Ahora lo único que faltaba era seleccionar a las esclavas, con lo cual entramos en la tremenda pesadilla que vivieron las hermanas Roth (7).

En nuestros días, y en el cajón de un armario que se encuentra entre los muebles de una tienda de comestibles situada en la calle principal de un pueblecito norteamericano, envuelta en papel de seda se halla la fotografía de un grupo familiar (8). Los que componen la fotografía evidentemente se dispusieron para posar ante el fotógrafo, y en algunos aspectos la escena se parece al cuadro de la familia Krupp, pintado en 1931 para celebrar las bodas de plata de Gustav y Bertha, y que hoy todavía cuelga en el gran salón de Villa Hügel. La principal diferencia reside en que la fotografía es más modesta. El jefe de la familia es un hombre acomodado, pero como mayorista de vinos no podía poseer los cuadros, jarrones y biombos pintados a mano que aparecen en el cuadro de los Krupp.

El centro de la fotografía lo constituye un pequeño diván, el cual está ocupado por los padres, Ignatz Roth, calvo y con bigotes, y su esposa María, de amplio busto y pelo moreno. Los niños están en torno a ellos: Irving, de seis años, aferrado a la falda de su madre; detrás del diván se hallan Olga, de diecisiete años, Elizabeth, de quince, y Ernestine, de trece. Las hermanas tienen un aspecto vivaz, pero formal. María, la madre, aparece tranquila; el pequeño Irving se muerde inquieto un labio, y el padre presenta un aspecto severo. Y aquí, tal vez, se produce otra diferencia con el retrato de Hügel, una característica de la época. Aunque 1931 fue un año crítico para los Krupp, la expresión de sus rostros no dice nada. No puede saberse si Alfried lleva la insignia de las SS, ya que su hombro izquierdo está oculto. Pero papá Roth mira al objetivo con gesto áspero, tal vez porque su hijo mayor, Josef, está a punto de emigrar a Israel. Desde la creación de Checoslovaquia en 1918, Ignatz y María se hallaban orgullosos de su nacionalidad checoslovaca. Su hogar se hallaba en el centro de Uzhorod, una próspera ciudad de treinta mil habitantes, que era la capital de la provincia Podkarpatská Rus (Carpatia rusa, Rutenia), situada en el extremo oriental del país. Al jefe de la familia Roth le parecía improbable que el eco de las distantes trompetas teutónicas llegara hasta los judíos que vivían allí.

Pero el joven Josef lo consideraba probable. La época era noviembre de 1938. Chamberlain acababa de realizar su regateo sobre los checos con Hitler, y en la última noche de setiembre el general Alfred Jodl, entonces al frente de una división de artillería en Viena, escribió en su diario con jubilosa confianza.

> «El Pacto de Munich se ha firmado. Checoslovaquia es un factor importante... El Führer, cuyo genio y resolución no retroceden siquiera ante una guerra mundial, ha logrado una vez más un triunfo sin emplear la fuerza. Es de esperar ahora que este inocente y débil pueblo sea convertido y permanezca sumiso» (9).

Gracias a que Josef no era inocente ni débil, él y la fotografía que tomó existen actualmente. Al ocupar los Sudetes, Hitler garantizó, desde luego, la integridad del resto de Checoslovaquia, aunque, también desde luego, sin la menor intención de mantener su palabra. Una vez que la «pequeña Línea Maginot» de la nación estuvo en sus manos, rápidamente avanzó para dominar el resto de las provincias, incorporando la mayoría de ellas al Reich alemán, y arrojando unos pocos huesos a los codiciosos —y miopes— países vecinos. Rutenia fue uno de esos huesos. Uzhorod se hallaba a doscientas millas de Alemania, pero el ejército húngaro, ahora reunido en la frontera, se hallaba a pocas horas de marcha desde el sur.

Los lazos se afianzaban entre Berlín y Budapest, y el 14 de marzo de 1939, los alarmados rutenos proclamaron la independencia y rogaron al Führer que les protegiera. Fue demasiado tarde. Después de terminada la guerra, los oficiales de la Inteligencia aliada, hojeando entre las comunicaciones diplomáticas del Reich, hallaron una de Miklós Horthy a Hitler, fechada el 13 de marzo, agradeciéndole la concesión de Rutenia:

> «¡Excelencia! ¡Agradecidos de corazón! [*Eure Exzellenz! Herzlichen Dank!*] No puedo expresarle lo contento que estoy, ya que esa región es para Hungría —me disgusta la verbosidad— un asunto crítico... Lo consideramos con todo celo. Se han dado las órdenes precisas. El jueves, día 16, habrá un incidente fronterizo [*Grenzzwischenfall*], y después se iniciará una ofensiva general.» (10).

¿A qué esperar?, dijo Hitler, y el gozoso regente húngaro se mostró de acuerdo. A las seis de la mañana del miércoles sus tropas cruzaron la frontera. La República Cárpatoucraniana había durado menos de veinticuatro horas. Ni siquiera tuvieron tiempo de crear una bandera. Desde la acera de su casa, los asombrados Roth vieron alzarse el pabellón con los colores de Hungría sobre el edificio del Gobierno provincial. Entonces los judíos fueron designados oficialmente como gente inferior, y los nuevos gobernantes procuraron que no lo olvidasen. Elizabeth y Ernestine fueron expulsadas de la escuela, y la familia fue vigilada. Un viernes por la tarde, papá Roth, al volver a casa con Elizabeth, vio a un extraño funcionario abofeteando al hijo de un amigo. Protestó ante el hombre, y como éste dijera que el muchacho estaba pescando sin licencia, Ignatz replicó que la culpa no justificaba un castigo semejante. Al día siguiente se presentó la policía en casa de los Roth y se llevó al comerciante en vinos. Se le acusó de hacer observaciones ofensivas contra los húngaros, le declararon culpable y fue sentenciado a tres meses de cárcel.

Cuando se cumplió la condena, la familia comenzó a proyectar la huida. Olga ayudaba a su padre en el despacho, pero Elizabeth estudiaba alemán e inglés en casa, y Ernestine e Irving asistían a una escuela hebrea, donde dedicaban especial atención a la geografía. Los Roth esperaban reunirse con Josef. Cuanto más supieran sobre los países extranjeros, y de sus lenguas, mayor sería la probabilidad de escapar. Era un plan patético, pues estaba condenado al fracaso. El mismo sueño alentaba en miles y miles de hogares judíos, y las SS lo sabían. Para identificar a los posibles fugitivos, el *Judenmaterial* estaba obligado a lucir la estrella de David, de color amarillo. Comenzaron desesperadas conjuras entre los habitantes de Uzhorod, pero todo fracasó. El penúltimo paso fue dado en abril de 1944. Luego llegó la noticia de que a los judíos se les estaba reuniendo en un *ghetto*, adonde llevaban con ellos sólo lo que podían transportar a mano.

Por alguna razón inexplicable, como revelarían más tarde los guardianes de Auschwitz, los portadores de la estrella de David, por todo el este de Europa, solían vestir dos prendas que desde entonces les caracterizaron. Los hombres y los niños usaban gorras, y las mujeres y las chicas utilizaban botines de goma. Esa parte del atuendo, junto con los juguetes de trapo que aferraban temerosos los niños, se convirtieron en los símbolos de su martirio. Las películas que tomaron los oficiales que les llevaban en rebaños, muestran a las multitudes pasando en confusas filas, los hombres con las gorras caladas sobre los ojos, y las mujeres con los botines de goma desabrochados, reluciendo al vivo sol de la que iba a ser, para casi toda la judería de Rutenia, la última primavera.

Los seis Roth se hallaban entre esos grupos. Ignatz y María habían

cambiado poco desde 1938, y aunque Irving tenía ahora doce años, estaba poco desarrollado para su edad; con su estrecha carita podía haber pasado por un niño de nueve años. Pero las hermanas, en cambio estaban más cambiadas. Olga, Elizabeth y Ernestine —la primera de diecinueve años, las dos más jóvenes sólo se llevaban catorce meses—, eran bonitas, graciosas y vivaces, aunque un tanto frágiles. Al dirigirse hacia la estación, ninguno de ellos tenía idea de lo que les esperaba. Por todas partes el significado de lo que suponían aquellos «traslados» se había ido extendiendo de ciudad en ciudad, pero aquella región de lo que fuera Checoslovaquia se hallaba demasiado alejada de todo. Hasta las bonitas postales que se distribuyeron entre ellos no despertaron demasiadas sospechas. El hecho de que se les ordenara escribir idénticos mensajes, fue considerado como una muestra más de la minuciosidad germana. En la provincia de donde procedían, algunas poblaciones hablaban húngaro, otras eslovaco y otras checo (un dialecto eslovaco). Los oficiales sabían que la lengua de Uzhorod era el checo, por lo que ordenaron a aquellos judíos que escribieran: «*Máme se velmi dobré zde. Pracujeme a kazdy je dobry a mily knam. Ocekavame vas Prijezd*» (Lo pasamos muy bien aquí. Estamos trabajando y nos tratan bien. Esperamos vuestra llegada.) (11).

«En mayo de 1944 —escribió Hannah Arendt desde Auschwitz—, los trenes comenzaron a llegar de Hungría a menudo. Muy pocas "gentes capacitadas" fueron elegidas, de entre los viajeros, y a esos pocos los enviaron a los talleres de Krupp.» (12). El *Vernichtungslager* de Höss, donde los crematorios de I. A. Topf un Söhne les aguardaban, se hallaban situados quinientas millas al noroeste, pero la ruta que siguieron casi duplicó esa distancia. Por otra parte, hubo interminables paradas en los nudos ferroviarios de Michalovce, Zakopane, Nowy Targ, y, por fin, en Cracovia, a treinta millas de su destino final. Después, según recordó Elizabeth, «nos trasladaron en vagones de ganado. No había sitio para sentarse, ni lugar donde hacer las necesidades, y el olor era terrible. Tampoco se podían abrir las ventanillas, porque no las había. El viaje duró casi una semana. De pronto, mediada una noche, llegamos al término del peregrinaje. Todo sucedió de repente. Las puertas se abrieron de golpe y nos cegaron con reflectores. Alguien nos gritó: "¡Los hombres aquí, las mujeres allí!"».

En la confusión general, Irving quedó separado de su madre. El chiquillo, llorando, corrió hacia sus hermanas —la madre ya estaba en la fila iluminada por los reflectores, siendo examinada por las mujeres de las SS—, las cuales hablaron brevemente. «Yo tengo más edad —dijo Olga, abrazando a su amedrentado hermano—, le llevaré conmigo y diré que es mi hijo.» Esa parecía una solución sensata, pero sin saberlo, Olga se estaba condenando. Según Höss declaró posteriormente en Nuremberg, «los niños de corta edad *(Kinder im zarten Alter)*, por ser incapaces de trabajar, fueron exterminados sin excepción» *(unterschiedslos vernichet)* (13). Las *frauen* de las SS, juzgando al endeble Irving demasiado pequeño, y creyendo que Olga era su madre, enviaron a ambos, junto con sus ya condenados padres, a los hornos de Topf. A semejanza de Tad Goldsztajn, a Elizabeth y Ernestine les salvó su edad. Las seleccionadoras habrían preferido chicas más robustas, pero la experiencia les había enseñado que la vitalidad acompañaba siempre a la nubilidad.

Todo esto lo comprendieron las hermanas más tarde. «Estábamos como en un sueño; no sabíamos siquiera lo que nos ocurría», recordó Elizabeth años más tarde, y Ernestine agregó: «El hecho de que nos hubieran separado de nuestra familia era aún más penoso.» La desintegración familiar se produjo en las primeras horas del 19 de mayo de 1944. A las mujeres judías elegidas para el trabajo, se les quitaron las pocas

pertenencias que poseían. En los desnudos barracones adonde fueron destinadas, se encontraron con otras europeas del Este. Según informaron posteriormente a Krupp, aquéllas eran «muchachas entre los quince y los veinticinco años, que habían sido trasladadas junto con sus parientes desde sus hogares en Checoslovaquia, Rumania y Hungría, hasta el campamento de Auschwitz». El Konzernherr supo además que:

> *«In Auschwitz wurden die Familien getrennt, die Arbeitsunfähigen vergast, die Überlebenden als Häftlinge zur Zwangsarbeit ausgesucht. Die Mädchen wurden kahl geschoren und mit Häftlingsnummern tätowiert. Ihr ganzes Besitztum einschliesslich Kleider und Schuhe wurde ihnen abgenommen und durch Häftlingskleidung und Gefangenenschuhe ersetzt. Das Kleid war ein einteiliges Kleid aus grauem Stoff mit einem roten Kreuz im Rücken und dem gelben Judenfleck am Ärmel.»*
>
> «En Auschwitz se procedió a separar las familias. Los incapacitados para el trabajo fueron gaseados, y el resto seleccionados para la leva. A las muchachas les afeitaron la cabeza y les tatuaron el número del campamento. Sus pertenencias, comprendidos zapatos y ropas, les fueron quitadas y remplazadas por uniformes y calzado de prisión. El vestido era de una pieza, hecho de tela gris, con una cruz roja en la espalda y la mancha amarilla de los judíos en la manga.» (14).

Durante seis semanas no hicieron nada. Se efectuaron pruebas para determinar un posible embarazo, y las que iban a tener hijos eran enviadas a los crematorios. Además, la menor enfermedad, incluso un resfriado corriente, podía significar la muerte. Los reglamentos especificaban que los enfermos, los lisiados y las embarazadas debían ser eliminados, y se seguían al pie de la letra. A continuación «las muchachas fueron trasladadas, en un grupo de unas dos mil prisioneras, al campamento de Gelsenberg, que estaba supervisado por el comandante de Buchenwald» *(das unter der Ausfsicht des Kommandanten von Buchenwald stand)* (15).

La situación exacta de este almacén de remplazo de esclavos (que eso era en realidad) no resulta clara. Algunos documentos de Krupp lo identifican con Gelsenberg-Benzin. Es casi seguro que se hallaba en las afueras de Gelsenkirchen; mientras que otras notas de archivo se refieren a un canal próximo, y Ernestine tiene la seguridad de que se encontraban en el Ruhr. En Nuremberg, esta última declaró que «esta partida de *"ungarischer Jüdinnen"*» (al final las muchachas se consideraban como un cargamento y aceptaban su designación como húngaras), llegaron al campamento el 4 de julio de 1944. El Lagerführer era un anciano oficial de las SS, y la disciplina no era allí muy severa. Las dos mil prisioneras fueron albergadas en cuatro enormes pabellones de lona. «Había quinientas muchachas en cada tienda —declaró Ernestine—, pero estábamos en agosto, y no nos preocupábamos.» Hizo una pausa en su declaración y agregó en seguida: «Entonces llegó Krupp.» (16).

Claro está que no se presentó Alfried en persona, sino que estaba representado por un equipo de cinco hombres a los que se había ordenado que examinasen «la capacidad de aquellas mujeres para trabajar en la fábrica» *(die Eignung der dort beschäftigten Frauen für die Arbeit in der Gusstahlfabrik)*. En espera de la nueva leva, el departamento de trabajo de Essen se había aplicado a hacer planes. Los organizadores esperaban ganado robusto y bien nutrido. Hasta entonces Walzwerk II había empleado escasamente un centenar de mujeres Kruppianer, todas

en trabajos relativamente livianos. Pero se necesitaban robustos brazos femeninos en los talleres de laminación, así como en los hornos, donde hasta entonces sólo habían trabajado hombres. Además, el 9 de agosto informaron a Alfried que «la instalación ferroviaria ha obtenido muy buenos resultados usando mujeres como guardagujas, y se esperaba poder emplearlas también como fogoneras en las locomotoras». El Standartenführer Pister tal vez haya sido responsable de la impresión de que el Konzern recibiría una partida de amazonas, ya que en una parte del contrato de Krupp con el comandante de Buchenwald, éste insistía en que Alfried suministrara cuarenta y cinco robustas muchachas arias que tomarían el juramento de las SS, se someterían a un cursillo de tres semanas en el campamento de Ravensbrück, el mayor campo de Himmler para mujeres prisioneras, después de lo cual vigilarían a las nuevas internadas de Humboldtstrasse. *Die Firma* atrajo voluntarias de entre sus empleadas alemanas, mediante una paga extra de 70 pfening por hora. Luego, a petición de Krupp, el curso de Ravensbrück fue acelerado. Karolin Geulen, una chica alemana que había trabajado en Walzwerk II, que tenía la misma edad que Elizabeth y cuya carrera industrial iba a relacionarse con las de ambas hermanas, declaró más tarde que estuvo «apenas dos semanas» en Ravensbrück. A pesar de todo, de entregar a éstas látigos y enseñarles refinados métodos para provocar dolor, Krupp obtuvo un grupo de obreras bastante diferente de lo que pudo haber creído por anticipado (17).

La discrepancia fue descubierta por el primer miembro del equipo de inspección que llegó a Gelsenberg. Johann Adolf Trockel, un director de departamento, se presentó en el campo provisional a los pocos días de haber ingresado judías. Después de verlas despejar los escombros de los bombardeos, informó que aunque su examen «sólo pudo ser muy superficial», le asombró su «atuendo extremadamente primitivo, y su no menos rústico calzado» ya que «sólo usaban una camisa, bragas y una ligera bata gris. Pero lo que más le disgustó fue la fragilidad de esas chicas. «Comparadas con las polacas y otras mujeres del Este» que eran «generalmente bastante fuertes», al desembarcar de los vagones en Essen, éstas resultaban «criaturas de aspecto frágil, para los trabajos pesados» *(zartgliedrige Geschöpfe, für schwere Arbeit untauglich)* (18).

Aquello desalentó momentáneamente a Krupp. Tanta prisa para equipar y adiestrar a las Karolin Geulen de negro uniforme, y ahora salía con eso. Durante un mes se dejó a las frágiles criaturas en sus tiendas. Luego, mediado el mes de agosto, el resto del equipo de inspección se presentó en el campamento. Su jefe era Theodor Braun, un hombre bajo, de unos cincuenta años, cojo de una pierna, que había ingresado en la empresa en el apogeo del furioso impulso productivo de 1917. Ahora era director de fábrica en Walzwerk II, y tenía por misión seleccionar a 520 muchachas de las 2.000 internadas. Al principio no sabía cómo arreglárselas. Confirmando las observaciones de Trockel, advirtió que las más jóvenes de las prisioneras «tenían catorce años», y que su calzado consistía en «botines de goma, o zapatos muy desgastados» (19).

Braun pidió voluntarias. No se ofreció ninguna, ya que desde el 19 de mayo las jóvenes se mostraban muy recelosas. Como Elizabeth declaró ante el tribunal, «no sabíamos si realmente nos querían para trabajar o para la cámara de gas». Al no recibir respuesta, Braun procedió a una selección arbitraria. Más tarde el mismo Braun aseguró que había actuado lo más humanamente posible: «Al realizar la selección, notamos en seguida que algunas de las mujeres o chicas que quedaban, se echaban a llorar, y que otras, por parejas o grupos mayores, se cogían de la mano... El director del campamento accedió a nuestra sugerencia de per-

mitir que las parientes o amigas estuviesen juntas.» Pero las hermanas Roth tenían otra impresión. Ernestine declaró que «eligió a las muchachas más jóvenes y fuertes». Elizabeth, por su parte, describió a Braun como «lo que llamábamos "un verdadero nazi". Era antipático, y se adivinaba que no éramos nada para él. El otro hombre, Hammerschmidt, resultaba mucho más afable, y pensamos que de no ser por los nazis no estaría metido en aquel asunto». En Nuremberg, un abogado norteamericano preguntó a Elizabeth: «¿Les llamaban a ustedes por su nombre, o cómo...?» Ella le interrumpió contestándole: «No teníamos nombre alguno. Sólo una bata que en el brazo izquierdo llevaba nuestro número. Pero ni siquiera nos llamaban por el número. Con el dedo señalaban a la persona que querían.» (*) (20).

Braun se marchó cojeando, seguido por sus tres compañeros esclavistas. En Altendorferstrasse su actuación se resumió así: *«In Gelsenberg wurden aus diesem Trupp 520 Mädchen von den Angestellten der Firma Krupp für die Arbeit in Essen ausgewählt.»* (En Gelsenberg 520 muchachas fueron elegidas por funcionarios de la firma Krupp, para trabajar en Essen.) (21).

Las dos hermanas no tenían la menor idea de lo que les iba a suceder. Por lo que podían apreciar, el camión que las aguardaba, bien podía llevarlas al crematorio. Besaron a las amigas que quedaban —nada se sabe de las 1.500 mujeres que no fueron elegidas—, y se marcharon. Más tarde, Elizabeth manifestó: «Nos íbamos, pero no sabíamos adónde nos llevaban. Ni siquiera supimos quiénes eran aquellos alemanes, que veíamos por primera vez. Sólo cuando llegamos a Essen supimos que trabajábamos para Krupp.»

P: ¿Quiere usted decir al tribunal en qué lugar de Essen estuvieron?
R: En el campamento Humboldt, de Essen.
P: ¿Se hallaba en Humboldtstrasse?
R: Sí...
P: ¿Estaban en situación de saber, o les dijeron que ese campamento pertenecía a la firma Krupp?
R: Sí, lo sabíamos.
P: ¿Era un campamento abierto? ¿Tenían libertad para entrar y salir, hasta cierto punto?
R: No, había guardias de las SS en la puerta, y el campo estaba rodeado con alambradas de espino.
JUEZ PRESIDENTE: No he entendido eso último.
ABOGADO (H. RUSSELL THAYER): El campamento estaba rodeado por vallas con alambre de púa.

P: Cuando se levantaban por la mañana, para trabajar, ¿iban a pie, o en algún vehículo?
R: ... Ibamos [al principio] en tranvía. Después fuimos y vinimos andando.
P: ¿Iban en grupos grandes?
R.: Sí.
P: ¿Les vigilaban?
R: Hombres y mujeres de las SS.
P: ¿Marchaban por las calles de Essen?
R: Sí.

(*) Elizabeth declaró en inglés; Ernestine lo hizo en checo.

P: ¿Bajo guardia?
R: Sí...
P: ¿Puede recordar con cuánta frecuencia no recibieron comida alguna durante un período de al menos 24 horas?
R: No puedo recordar las veces que fueron, pero era muy a menudo... La respuesta de los guardias SS, mujeres y hombres, era «Trabajáis para Krupp, preguntadle a Krupp».
P: ¿Quiere decir al tribunal si cuando estaban enfermas recibían algún cuidado? Diga, por favor, qué clase de atenciones.
R: Había un dispensario adonde sólo iban las que estaban muy enfermas, con temperatura muy alta; diría que casi cuando se hallaban medio muertas. Nosotras, a veces, nos sentíamos muy mal, pero no íbamos por temor a que nos llevaran a la cámara de gas.

P: Quisiera preguntar a la testigo si reconoce este instrumento como uno similar a aquél con el que fue golpeada, en uno u otro momento, mientras se hallaba en Essen, trabajando para Krupp.
R: Todos los guardias de las SS tenían uno de ésos. Me dieron con él una vez en la cara...
JUEZ PRESIDENTE: Traiga ese objeto. Déjeme verlo. (*El instrumento fue entregado al juez*). Prosiga.
MISTER THAYER: Usted ha sido... o, ¿ha sido usted —perdóneme—, ha sido usted golpeada alguna vez con un instrumento como el que se ha enseñado?
R: Sí, una vez.
P: ¿Mientras estaba trabajando en Essen?
R: Sí.
P: ¿Para Krupp?
R: Fue una noche. Volvíamos al campamento. Me encontraba cansada... No sé cómo ni por qué sucedió, pero uno de los guardias de las SS se acercó a mí y me golpeó en el rostro.
P: Dice usted que la golpearon, y que otras obreras fueron maltratadas con esto. ¿Vio usted que golpearan a otras compañeras con un instrumento como éste?
R: En la fábrica las SS solían darnos patadas.
P: Creo que no ha comprendido mi pregunta. ¿Vio usted que algún otro ocupante de ese campo de concentración fuera también golpeado con un instrumento semejante?
R: ¿Dice usted si golpearon a alguien más?
P: Sí, ¿lo vio usted?
R: Lo veía diez, veinte veces por minuto... Tuve suerte de que sólo me pegasen una vez, pero vi gente a la que dejaban el cuerpo lleno de cardenales, a fuerza de patadas. No podían ponerse en pie, y aún seguían pateándoles.
P: Esos maltratos también ocurrían...

JUEZ PRESIDENTE: Perdone, pero eso que se ha presentado no ha sido numerado. ¿Desea que se numere, para una posterior identificación?
MÍSTER THAYER: Sí, ruego que se numere.
JUEZ PRESIDENTE: Número 556, para identificación.

P: Alguna vez le dio patadas a usted un trabajador civil de Krupp, y no un guardia de las SS, ¿verdad?
R: Sí, en efecto.
P: ¿Un civil?

R: Sí.
P: ¿Está usted segura de que esa persona trabajaba en aquella época como empleado de Krupp?
R: Sí, estaba encargado de comprobar la rapidez de nuestro trabajo, y si lo hacíamos bien...
P: ¿Le sucedió alguna vez que la castigasen después de que un funcionario de Krupp pidiera a un guardia de las SS que lo hiciera?
R: Ocurría a menudo, y cuando Braun inspeccionaba la fábrica, se acercaba a veces a uno de los miembros de las SS y le decía que nos castigara; entonces lo que ocurría es que no nos daban de comer y nos castigaban...
P: ¿Quiere usted decir al tribunal si les hicieron algunas amenazas... antes de que las tropas aliadas entrasen en la ciudad?
R: Las SS nos decían que siempre disponían de cinco minutos. Los últimos cinco minutos en que nos matarían.
P: ¿Dice usted que los SS decían que durante los últimos cinco minutos las matarían?
R: Sí... Sí. Oíamos eso a diario, tanto de los SS varones como de las mujeres...
JUEZ PRESIDENTE: Bien, respecto a las condiciones en que usted ha descrito que trabajaban, ¿existieron esas condiciones durante todo el tiempo que usted trabajó para Krupp, de modo que cualquiera que llegase a la parte de la fábrica en que ustedes actuaban se diera cuenta de la situación en que lo hacían?
TESTIGO ROTH: Sí, cualquiera podía verlo.
P: ¿Y llegaban a diario?
R: Sí, diariamente.
P: ¿Y por las noches?
R: Noche tras noche (22).

La zona ocupada por el campo de concentración de Humboldtstrasse era —y en el momento de escribir este libro aún lo es—, un gran campo que ocupaba aproximadamente un millar de metros de largo por la mitad de ancho. Era una particularidad de casi todas las ciudades alemanas, incluida Berlín, el que las zonas urbanas estuvieran ornamentadas por tales espacios verdes. Antes de la guerra habían sido algo encantador; ahora se convirtieron en alojamientos de esclavos. Humboldt se hallaba limitada por el cementerio del Sudoeste, así como por una terminal de trolebuses, y, más allá había calles flanqueadas por casas pequeñas, rechonchas, medio de madera, cuyos ocupantes pudieron testimoniar posteriormente, que no oyeron gritos dentro del recinto vallado. Los cuidadores del cementerio, podían oír lo que pasaba, pero debían actuar con cuidado. Una gran parte del cementerio del Sudoeste estaba reservada para miembros del partido nazi que habían caído en combate. Aquel terreno era sagrado, y mediante periódicas visitas los nazis se aseguraban de que las tumbas de sus mártires recibían cuidadosa atención. El guardia del cementerio que asegurase oír cosas raras en el Juden KZ, corría peligro de verse gritando él mismo. Eso lo sabían los cuidadores perfectamente.

Las judías pasaron entre las nuevas torres de Humboldtstrasse el 25 de agosto de 1944. Una vez que a cada una le dieron una manta de Krupp y un par de zuecos, les habló el Lagerführer Oskar Rieck. Este parecía en todos los aspectos un villano de película de guerra. Con una cicatriz en la cara, bajo y con botas, llevaba siempre un tubo de goma en una mano y un largo látigo de cuero en la otra. Si esta descripción se basara solamente en el relato de sus víctimas, uno podría dudar, pero se apoya

asimismo, con todo detalle, en el testimonio de los guardias. Karolin Geulen consideraba a Rieck como «particularmente brutal» e «inhumano». Era un experto con el látigo. A veces, por puro capricho, entraba en los barracones de madera y azotaba a las muchachas cuando se desvestían. Aunque la mayor parte de sus *Jüdinnen* tenían entre catorce y veinticinco años, una pasaba de los treinta. Cuando informaron a Rieck que ésta no iba tan aprisa como las demás, la azotó implacablemente esa misma noche hasta matarla. Su gran habilidad era el manejo del látigo. A cerca de tres metros de distancia podía hacer saltar una moneda de un pfennig. Cuando las prisioneras regresaban de los talleres, buscaba a las más cansadas y trataba de darles en los ojos; «Esa era la especialidad del Lagerführer, azotar en los ojos. Ocurrió que una mujer no anduvo lista, y quedó cegada» (23).

No resultaba fácil deslindar las responsabilidades sobre lo que ocurría en el campamento. Oskar Rieck era miembro de las SS. Su nombre no aparece en ninguna nómina de Krupp, y Alfred no puede ser responsable de que el jefe del campamento dijera a las muchachas: «Krupp sólo puede teneros aquí si trabajáis duro; de lo contrario os mandará de vuelta a Auschwitz.» Sus guardias varones también pertenecían a las SS (aunque las mujeres habían sido alistadas en Essen y se hallaban en la nómina de la empresa). Tampoco está claro por qué no se suministró la segunda manta, y ropas de más abrigo. En Nuremberg Theodor Brann sugirió vagamente que había que culpar de ello a Buchenwald: «Por lo que sé de esas cosas, herr Pister dijo en aquel tiempo que no les diéramos ropa alguna, debido al peligro de que escaparan. Los convenios que hubo entre la firma y las SS acerca de las ropas, son desconocidos para mí» (24).

A pesar de todo, el Konzern era el propietario del terreno, y había construido la alambrada. Allí, como en todos los KZ de Essen, las cocinas de Krupp controlaban la alimentación, que después de las primeras semanas se redujo a la habitual rebanada de pan y al tazón de *Bunkersuppe*. Por encima de todo, los memorándums de la firma determinaban las condiciones de trabajo («en una estancia cerrada del taller de planchas para blindaje número 4, bajo... condiciones de supervisión»), y las horas de labor, que eran desde las seis de la mañana hasta las seis menos cuarto de la tarde. Aunque evidentemente incapacitadas para el trabajo pesado, las prisioneras de Humboldtstrasse no fueron destinadas a nada más suave. Elizabeth trabajó en el horno de endurecimiento de acero, en el Walzwerk II. Ernestine mezclaba hormigón y acarreaba ladrillos y planchas acanaladas de cinc, en el patio externo. Conforme fue llegando el frío, sus manos, desprovistas de guantes, se helaban con las planchas. La piel de las palmas comenzó a desprendérsele, y al llegar el invierno eran una masa sangrante. Otras dos judías que escaparían con las Roth, presentaron declaraciones firmadas al tribunal de Nuremberg, describiendo los castigos recibidos en la fábrica. Una de ellas, Rosa Katz, declaró: «Nos vigilaban miembros de las SS, tanto hombres como mujeres, que observaban constantemente por si alguna de nosotras descansaba un momento. En tal caso la culpable era golpeada con una barra de hierro hasta quedar con el cuerpo cubierto de magulladuras.» Y Agnes Königsberg —prima lejana de los Roth—, manifestó: «Recibíamos patadas y golpes, tanto en el campamento como en el lugar de trabajo, de los SS y de los alemanes. El maltrato se producía casi siempre sin razón aparente, y a veces con el menor pretexto...» Agnes nombró a continuación a tres capataces de Krupp que, según dijo, ordenaron castigos corporales en presencia de ella (25).

Se habrían producido numerosas muertes, de no ser por la interven-

ción de algunos Kruppianer que compartían sus raciones con las judías y les susurraban palabras de aliento, informándolas también, por haberlo escuchado en sus aparatos de radio clandestinos, acerca de los progresos de las fuerzas aliadas. Algunos compartían a fondo el sufrimiento de las muchachas. Peter Gutersohn, un montador de torrecillas de tanques, hombre de edad avanzada, creía que la simpatía era mayor entre los veteranos, que, como él, llevaban empleados en la firma desde antes de la Primera Guerra Mundial. Gutersohn vio por primera vez a las *Jüdinnen* en un tranvía de Kraemerplatz. «Toda su vestimenta —explicó más tarde— consistía en un vestido harapiento de arpillera. Usaban zuecos de madera en los pies desnudos.» Gutersohn sintióse «profundamente conmovido»; le avergonzó «ser alemán, cuando vio lo que habían hecho a aquellas mujeres». Sin embargo, le dolió comprobar que los obreros alemanes jóvenes no estaban de acuerdo con él. Una y otra vez les oía decir: «¿Qué vamos a hacer con esa gentuza? ¿Por qué no las matan de una vez?» Según sacó Gutersohn en conclusión, matarlas era el objetivo del Werkmeister Wunsch, ya que «el trabajo al que se destinaba a esas mujeres, nunca había sido realizado por las alemanas empleadas en nuestra fábrica. Las muchachas, dijo:

> «...Tenían que cargar escombros, trasladar vigas de hierro, y también se las empleaba en otras tareas de limpieza del terreno. Esas judías no tenían vestimenta ni guantes protectores para semejante trabajo [*Diese Jüdinnen besassen für diese Arbeit weder Arbeitskleidung noch Schutzhandschuhe*]... Sí, en esas ocasiones, las mujeres pretendían secarse ante una hoguera, o trataban de lavar alguno de sus harapos, inmediatamente eran apartadas por Wunsch.» (26).

Peter Hubert, otro Kruppianer, supervisó a ocho de las muchachas durante un período de tres semanas. El primer día descubrió atónito que chiquillas de catorce años, que pesaban poco más de cuarenta kilos, cargaban piedras y las transportaban con las manos desnudas en carretillas metálicas, un trabajo que ni siquiera él hubiera hecho: «*Ich habe, ohne dass ich die kalten Griffe anfasste, doppelte Handschuhe tragen müssen, um mich vor der Kälte zu schützen.*» (Aun cuando yo no tenía que tocar las frías empuñaduras [de la carretilla], debía usar guantes de espesor doble, para protegerme las manos del frío.) Hubert prestó sus guantes a una de las chicas más pequeñas, pero intervino un superior, se los quitó de las manos y los arrojó a una hoguera de coque. Luego, volviéndose a Hubert, le gritó: «*Wenn Sie so nicht arbeiten wollen, dann treten Sie sie in den Arsch!*» (¡Si no quieren trabajar así, se les da una patada en el trasero!) (27).

En ciertos aspectos, el testimonio más convincente fue el de los guardianes de las judías. Karolin Geulen no declaró de buen grado. En sus primeras manifestaciones insistió en que a las muchachas se les daba trabajo liviano, comida adecuada, colchonetas de paja, «dos o tres mantas», ropa de abrigo y calzado de cuero. Al volvérsela a llamar cuatro meses más tarde, Karolin se contradijo totalmente. Admitió haber azotado a una chica, y dijo: «Si a mí me hubiesen tratado de esa forma, sin duda habría considerado que se comportaban inhumanamente.» (*ich würde, wenn ich selbst so behaudelt werden würde das bestimmte Empfinden haben, dass ich unmenschlich behandelt wurde.*)

De igual forma, Selma Nolten, una supervisora, de las SS que trabajaba con Braun, y a la que las hermanas Roth y Agnes Königsberg iban a recordar por su nombre («Las mujeres de las SS eran peores que los

hombres; les gustaba usar los látigos», dijo Elizabeth), negó con vehemencia que hubiera golpeado a ninguna, pero recordó que su superior, SS Oberaufseherin Emmi Theissen, había pegado a una prisionera de unos catorce años por buscar refugio durante un bombardeo aéreo. Selma admitió que los zuecos de las prisioneras se rompían rápidamente, que tenían que rasgar tiras de las mantas para vendarse los pies, y que las marchas diarias a Walzwerk II, y desde el taller, eran una estremecedora pesadilla:

> «Algunas mujeres padecían congelación porque tenían que recorrer el camino hasta la fábrica por carreteras nevadas y heladas [*über die vereisten und verschneiten Strassen den Fussweg zur Fabrik machen mussten*] usando un calzado miserable, pues iban sin medias y con zapatos de suela de madera, que generalmente estaban destrozados.» (28).

Resulta imposible determinar la culpabilidad de Karolin y Selma, así como la de Walter Thöne, bajo cuyo mando las muchachas empuñaban picos de cinco kilos de peso y transportaban chapas de acero de quince kilos. Thöne era miembro del partido nazi, y confesó haber dado patadas y golpes a una mujer. Pero negó tener responsabilidad en ello. El culpable, insistió, era otro afiliado del partido, que por desgracia no pudo declarar. Una vez más, *les absents ont toujours tort.* Según Thöne, este ausente, llamado Reif,

> «...Vigilaba el trabajo y comprobaba si yo me cuidaba de que se mantuviera el ritmo debido... Casi todos los días este hombre, que no tenía conciencia, me detenía para hablarme, y de forma inequívoca me decía que tratara a las judías más duramente, a fin de obtener más trabajo de ellas. También insistía sin cesar en que yo no debía preocuparme demasiado de los métodos que empleaba, y que si era preciso, les pegara fuerte, con un trozo de hierro... Sin embargo, las pobres mujeres estaban mal protegidas contra el frío, ya que sólo usaban unos delgados harapos. La mayoría de esos desgraciados seres no llevaban medias, a pesar de las fuertes heladas. Durante el invierno tenían las piernas azules del frío, y hasta con señales de congelación tan grandes como una moneda de cinco marcos [*Die Beine waren im Winter immer blau gefroren und zeigten schorfige Froststellen, so gross wie ein 5-Markstük*].» (29).

Thöne o Reif, poco importa. Tal vez Reif nunca existió; posiblemente era el otro yo de Thöne. Lo que interesa es que la declaración coincide con las de Peter Gutersohn, Peter Hubert, Karolin Geulen, Selma Nolten, y las muchachas que sobrevivieron. Las condiciones de trabajo se han determinado así sin la menor duda, y la responsabilidad de ello no recae sobre Berlín, sino sobre el gran castillo de trescientas habitaciones *auf dem Hügel.*

Según quedó estipulado en el convenio entre Krupp y Buchenwald, las mujeres judías fueron trasladadas desde el depósito de tranvías hasta el Walzwerk II en tranvías abiertos, es decir, en jardineras, durante los primeros meses de su cautividad, y aunque los barracones y chozas de Humboldtstrasse estaban atestados, al menos proporcionaban un refugio contra el mal tiempo. Por otra parte, entonces sólo estaban en otoño, y

el frío no se había presentado. Lo peor para las muchachas comenzó en la noche del 23 al 24 de octubre. Durante el gran bombardeo que destruyó Dechenschule y demolió treinta y un talleres, Humboldtstrasse, situada veinte manzanas más lejos del padre Come y sus camaradas, también resultó derruida. El depósito de tranvías estaba en ruinas, con las vías retorcidas y quebradas. Toda estructura de madera del campamento resultó arrasada —las ocupantes de una choza que cerraban por fuera se quemaron vivas—, y sólo la cocina, de chapas de cinc, quedó en pie (30).

Los prisioneros de Dechenschule fueron trasladados a Neerfeldschule, pero las mujeres de Humboldtstrasse se quedaron donde estaban. Aunque los guardias no dejaban de decirles que el resultado de la guerra poco importaba allí, pues «siempre dispondremos de los últimos cinco minutos», aquél era un campamento que tenía realmente preocupado a Krupp. La razón es que era improductivo. Las chicas resultaban demasiado pequeñas o frágiles para el trabajo. Por consiguiente, en lugar de invertir más dinero en el campamento, se le dejó en el mal estado en que se hallaba (31).

Ninguna de las bombas había afectado a Walzwerk II, si bien esta fábrica estaba casi en el centro del complejo industrial, y Humboldtstrasse, en cambio, se hallaba en los suburbios de Essen. Por carecer de transporte, las judías comenzaron a hacer a pie su marcha diaria, saliendo a las 4,30 de la mañana del 25 de octubre. Siguieron una tortuosa ruta que comprendía Kruppstrasse, Mülheimerstrasse, Frohnhauserstrasse, y Böcklerstrasse (cruzando Altendorferstrasse debajo de las ventanas del despacho de Alfried, y luego por Bottroperstrasse hasta Helenenstrasse y llegar a la fábrica. El viaje duraba dos horas, tanto a la ida como a la vuelta. La *Bunkersuppe* les producía edema, hinchándoles el cuerpo grotescamente, y conforme fue transcurriendo el otoño, la situación de las muchachas empeoró en otros aspectos. Para entonces el último de sus zuecos se había desintegrado. Los pies iban envueltos en trozos de tela, o pisaban desnudos el suelo. Durante la fría lluvia, o las heladas, las chicas avanzaban desesperadamente, tratando de mantenerse al paso del *Links-Rechts,* y procurando evitar las picaduras del látigo, envueltas en sus batas de arpillera y en las empapadas mantas, que hacían la vez de abrigos. Antes de que cayeran las primeras nieves, tenían llagadas las plantas de los pies. Por donde iban pasando, dejaban un rastro de sangre y pus.

Pero al tiempo que aumentaba la compasión por los esclavos entre los Kruppianer más viejos de Walzwerk II, disminuía la tolerancia entre los jóvenes y los supervisores. Un día un *Fremdarbeiter* francés entregó a hurtadillas una carta a un alemán del que se había hecho amigo, y le pidió que la mandase por correo. Por la noche, el benefactor fue sorprendido en la oficina de Correos, y al día siguiente Ernestine Roth le vio marchar en torno a la fábrica con un cartel en la espalda anunciando su delito, y declarando que había sido condenado a muerte por ello. Como las familias de las muchachas habían muerto en las cámaras de gas, no se sentían tentadas por el correo. Parecía que no se les ahorraba sufrimiento alguno, pero aún les quedaban por conocer unos pocos crueles refinamientos. Desde que abandonaran Auschwitz, les había crecido el pelo. Ahora, por orden de los capataces poco satisfechos del rendimiento de algunas, se les rapaba el pelo en franjas. Se hacía con astucia, formando complicados dibujos, y cuanto más torpe era la obrera, más repelente era su cabeza. Con el cuerpo deforme, las manos y los pies llagados, y aquel pelo, algunas de las muchachas no parecían seres humanos. Por último, y a fin de hacerles comprender que eran todas

Unterfrauen, les estaba prohibido el uso de los retretes de la fábrica, y tenían que hacer sus necesidades en el patio, ocultándose como animales de la vista de los que pasaban (32).

«Era una vida tan miserable —declaró posteriormente Elizabeth—, que solía despertarme por la noche deseando que las bombas cayeran junto a mí, para no tener que ir al trabajo a la mañana siguiente.» Su hermana trató realmente de buscar la muerte. El 15 de diciembre Ernestine cumpliría veinte años. Pero no quería vivir para verlo, y durante un ataque de la RAF, tres días antes, «abandoné el sótano [de la cocina] y salí al exterior. Me alegraba que hubiese un bombardeo y deseaba que me mataran, porque ya no me atraía la vida, y deseaba morir antes de mi cumpleaños».

Los Lancaster perdonaron a Humboldtstrasse aquella noche. El 12 de enero, sin embargo, una incursión arrasó la gran cocina donde se alojaban las chicas, y éstas tuvieron que vivir constantemente en los sótanos. Allí no había luz, ni agua, ni nada de calor. Al preguntársele en Nuremberg dónde dormían, Elizabeth repuso: «En el suelo. Nos considerábamos afortunadas cuando encontrábamos una tabla. Entonces la llevábamos al sótano y dormíamos sobre la madera... Eramos quinientas, y si había treinta jergones de paja, era mucho.» Las chicas más fuertes ganaban en la pugna por conseguir los sitios más secos, repitiéndose las escenas que Hendrik Scholtens había presenciado el año antes, con la diferencia de que ese invierno fue mucho más crudo. Una traducción literal de un fragmento del testimonio realizado en checo por Ernestine, con su ritmo y repeticiones eslavas, ofrece una idea de lo que eran aquellas noches en el campamento de las muchachas: «El invierno era muy crudo. Había mucha nieve y hacía mucho frío; el sótano donde vivíamos no tenía aislamiento alguno, estaba siempre mojado, lo mismo que las paredes, y sólo teníamos una manta, de modo que pasábamos mucho frío.»

Otros datos fueron suministrados cuando el doctor Jäger, que había conservado su título de *kruppscher Oberlagerarzt*, fue a ver el campamento. Jäger informó al médico de Alfried:

> «Durante mi visita comprobé que aquellas mujeres padecían de heridas llagadas y abiertas, y otras enfermedades [*Bei meinem ersten Besuch in diesem Lager fand ich Personen, die an eiternden offenen Wunden und anderen Krankheiten litten*]... No tenían zapatos, y andaban descalzas. Su única ropa consistía en un saco con agujeros para introducir la cabeza y los brazos. Llevaban el pelo rapado [*Ihr Haar war abgeschoren*]. El campamento se hallaba rodeado de alambradas de espino... No se podía entrar en los alojamientos de las prisioneras, sin que le atacasen a uno las pulgas... Yo mismo me marché con grandes ronchas en los brazos y el resto del cuerpo [*Ich hatte grosse Beulen an meinem Armen und an meinem ganzen Körper*].» (33).

Para entonces el invierno estaba en lo más álgido, y a pesar del terrible frío, la nieve y la lluvia helada que azotaron el Ruhr, nada se hizo para mejorar la suerte de las muchachas. En lugar de ello, se propuso un medio diferente: la solución final. En febrero, Johannes María Dollhaine, el cual había participado en el selección de Gelsenberg junto con Trockel, y que trabajaba a las órdenes de Lehmann en el Arbeisatz A, trató del asunto con Oskar Rieck, y a continuación hizo una recomendación verbal. Dollhaine, Lehmann y Friedrich Janssen se hallaban juntos en un refugio durante una incursión aérea, y se propuso a Lehmann: «...*auf keinen Fall die Insassen des KZL lebend in die Hände der herannahenden ame-*

rikanischen Truppen fallen zu lassen» (que bajo ninguna circunstancia los internados en los campos de concentración vayan a caer en manos de las tropas norteamericanas que se aproximan) (34).

Lehmann pidió a Janssen que interrogase a la administración de la empresa. Allí también recomendaron que las muchachas debían marcharse. Durante su encarcelamiento de posguerra, Alfried admitió en una declaración escrita que «le había afectado muy desagradablemente» la presencia de las chicas, y «quería librarse de ellas lo antes posible». En el Palacio de Justicia, los testigos de la defensa aseguraron que Krupp deseaba el traslado de las prisioneras «en interés de la seguridad de las muchachas», argumento muy singular, teniendo en cuenta todo lo que habían padecido, y más aún su nuevo destino. Según Alfried añadió en su declaración, se llevaron a cabo las negociaciones con «un señor de Buchenwald».

Aun cuando uno aceptase el dudoso argumento de que Krupp se hallaba más preocupado por la suerte de las chicas judías, que por la de las mujeres alemanas que quedaban allí, lo que resulta claro es que las prisioneras se habían convertido en un gran estorbo para él. Karl Sommerer, un subordinado que tomó parte en el acuerdo del transporte, declaró al tribunal que durante sus marchas entre el campamento y la fábrica, cruzaron por la parte central de la ciudad. Dijo que en momento alguno estuvieron encerradas: «Cualquiera podía verlas trabajar a diario, y observarlas en los momentos libres.» En una declaración escrita, Max Ihn recordó la «sugerencia de que las 520 judías empleadas de Krupp, sean trasladadas antes de que se produzca la ocupación, por ejemplo, llevándolas de nuevo a Buchenwald». Más tarde, Lehmann, en su papel como enlace de la DAF de Alfried, recibió la siguiente orden de *die Firma*:

> «*...den Abtransport der Frauen nach Buchenwald zu arrangieren. Die SS stimmte der Evakuierung der Frauen zu, war aber nicht mehr in der Lage, Transportmittel zur Verfüngung zu stellen. Es gelang der Abteilung Lehmann, einen Zug Zusammenzustellen.*»

> «...para acordar el transporte de las mujeres a Buchenwald, las SS convinieron en evacuar a las mujeres, pero no se hallaban en situación de suministrar el transporte. En consecuencia, el departamento de Lehmann logró un convoy ferroviario.» (35).

«¡Al fin lo he conseguido!», dijo Lehmann a Sommerer, un día a comienzos de marzo. Según palabras de Sommerer, «había llegado el momento en que la necesidad de echar a esas chicas se hizo realmente imperiosa». A pesar del prestigio de la Firma, tal evacuación, en esa etapa de la guerra, iba a exigir una gran destreza. La Hauptbahnhof de Essen era un montón de ruinas; no había locomotora que llegase hasta allí. No obstante, a unas diez millas de distancia se hallaba la estación de Bochum, que estaba intacta. Lehmman disponía de un convoy de cincuenta vagones que se dirigía a los crematorios de Buchenwald, en los que viajaban ya 1.800 víctimas, y que tenía espacio para 500 más. Este convoy se detendría en Bochum el 17 de marzo.

A consecuencia de «lo dañadas que estaban las carreteras por los bombardeos», según expresión de Sommerer, las muchachas y sus guardianes de las SS necesitarían quien les guiase para llegar hasta allí. El mismo Sommerer decidió encabezar el convoy y explicar la situación a los funcionarios del ferrocarril. Sommerer esperaba que algún burócrata dijera «No puedo hacerlo», y que la simple magia del nombre de Alfried Krupp allanaría las dificultades (36).

Por desgracia para el Konzernherr, la supresión completa de las muchachas no era fácil. Demasiada gente estaba al tanto de lo que se tramaba, y los detalles eran espeluznantes. Los guardianes de las SS no dijeron nada, pero desde el Hauptverwaltungsgebäude se filtraron algunos rumores a los jefes de departamentos y capataces. A los pocos días los obreros de las fábricas lo sabían. Un Kruppianer prefirió decir en voz baja a Elizabeth Roth el futuro que les reservaban. Esa noche, durante la marcha de regreso a Humboldtstrasse, Elizabeth lo hizo saber a sus compañeras. El crematorio estaba muy cerca, y las probabilidades de evitarlo parecían nulas para ellas. En efecto, eran escasas. Rosa Katz había entablado amistad con Gerhardt Marquardt, un hombre sencillo que vivía en una choza del Stadtwiese con su mujer. Una tarde, cuando su compañera se hallaba ausente, Marquardt se escabulló con Rosa fuera del Walzwerk II y le enseñó su pequeña casa. Las Roth no tenían una relación semejante, pero de vuelta a Böcklerstrasse, Elizabeth reconoció a un antiguo trabajador de su taller, Kurt Schneider, en el momento en que éste abría la puerta de su hogar con la llave. Durante el trabajo, Schneider le había parecido comprensivo, y ahora ella sabía dónde habitaba. Entre Marquardt y Schneider podían llegar a algún arreglo.

Primeramente, desde luego, tendrían que atravesar las alambradas de Humboldtstrasse. Al examinar subrepticiamente las vallas, las hermanas Roth descubrieron un punto debilitado por los bombardeos anteriores. En los últimos tiempos los Lancaster de la RAF no solían hacer incursiones sobre Essen. Elizabeth pensó que si se producía otro bombardeo, cuando el Lagerführer y sus guardias se fueran al bunker, ella dirigiría un grupo de *Stücke* fuera de las alambradas, en tanto durase la confusión. Y eso fue precisamente lo que hizo.

Por duro que resultara que los Aliados hallasen a las maltratadas jóvenes, la perspectiva de que descubriesen que Krupp había mantenido un campamento para niños, podría provocar represalias más severas, de ahí que la decisión de liquidar Buschmannshof —que ése era el campamento, y tal era su nombre—, tuviera prioridad, en cuanto al embarque de sus ocupantes en el tren de Buchenwald.

La historia de la supresión de Buschmannshof fue un éxito relativo. Rolf Hochhuth sugirió en su apéndice a *Der Stellvertreter* que «si el más importante patrono de la Gran Alemania y los miembros de su familia» no hubiese fomentado un trato diferente para los alemanes y los extranjeros, «entonces tal vez noventa y ocho de cada ciento treinta y dos niños no habrían muerto en el campamento de Voerde, cerca de Essen»; un indignado directivo de Krupp dijo al escritor que había convertido «un acto de generosidad en una monstruosidad», puesto que «Bertha Krupp construyó las instalaciones con el asesoramiento de la Cruz Roja, para huérfanos sin hogar» (37). Lo cierto es que ni Bertha ni la Cruz Roja tuvieron nada que ver en el asunto; los internados no eran huérfanos, y sólo Hochhuth entrevió la verdad. Sin embargo, menos de una docena de personas la conocían y se lo tenían muy callado. Su silencio era inmutable, en parte porque los hechos resultaban increíbles, y en parte porque los niños, en vez de hallarse «cerca de Essen», se encontraban a veintiséis millas de distancia..., y sobre todo porque no se conocen supervivientes.

En realidad, Krupp tenía tal confianza de que Buschmannshof sería olvidado, que ni siquiera ordenó que derribaran los barracones. Aún hoy siguen en pie; son siete largos y oscuros edificios de ventanas pequeñas, que casi no se distinguen a primera vista de los pabellones de Ausch-

witz. Sin embargo, había algunas diferencias. La disciplina jamás fue un problema en Buschmannshof, o Voerde-West, como también se le llamaba. Los internados de más edad tenían dos años, y todos se hallaban extremadamente débiles. Por consiguiente, sobraban las alambradas de espino. Y el visitante que conozca la historia del campamento se asombrará al ver que hoy las antenas de televisión se alzan en los tejados. Es que los barracones han sido convertidos en alojamientos para indigentes. Mas no hay confusión posible en la arquitectura de los edificios. Cualquiera que conozca algo de campos de concentración, inmediatamente se dará cuenta de que allí hubo uno, en otra época. Los viandantes, sin embargo, no darán fácilmente con él, ya que una espesa arboleda de álamos lo oculta de la vecina calle, Bahnhofstrasse, y la población más cercana, Voerde-bei-Dinslaken (y no Vorde, como creía Hochhuth, que es un lugar muy diferente) es una aldehuela tan pequeña que su nombre ni siquiera aparece en el mapa.

Anna Döring, la última directora de Buschmannshof, ya no vive en Hindenburgstrasse 186 A. Aún sigue robusta, con amplio busto y abundante y rizado pelo castaño. De rostro regordete, brazos rollizos y manos expresivas, ante las preguntas difíciles sigue siendo tan intratable como lo fue el 31 de mayo de 1948, cuando subió al banquillo de Nuremberg. Años más tarde, creyendo que el visitante debía de ser un conocido de la antigua Alemania, Anna acogió a este escritor con esa cautivadora sonrisa que ha ganado para las *Hausfrauen* la reputación de ser las amas de casa más hospitalarias de toda Europa. Luego recordó; se le hizo recordar. Se mencionó a las víctimas, y entonces su gesto se volvió hosco. Lo había olvidado todo. No, nunca fue a ver las tumbas. Sí, aún estaban allí. ¿Cómo iba a ser de otro modo? *So wahr mir Gott helfe!* ¿Acaso se mueven las tumbas?

Algunas lo hacen. Algunas de aquéllas lo hicieron. En la taberna de Henn op den Damm, de Hindenburgstrasse, un anciano recuerda haber desenterrado y vuelto a enterrar diminutos cadáveres, y con la ayuda de este autor halló un extraño lugar en un rincón oculto de Waldfriedhof, el cementerio de la población vecina de Friedershof. Sobre una parcela sin árboles ni plantas había siete filas de tumbas, más de un centenar, en total, observó el anciano, hablando trabajosamente y explicando que el resto se hallaban en Friedrichfeld, otro cementerio más extenso que estaba carretera abajo. Cada una de las tumbas se hallaba señalada mediante una losa que medía tres por seis pulgadas en la que constaba sólo el número que en el campamento asignaron una vez al chiquillo que yace debajo. Fila tras fila, las diminutas lápidas fueron implantadas en el duro suelo del Ruhr, exhibiendo cada fila sus números casi con la similitud de una tabla de logaritmos.

Con cuidado procedió uno a anotar algunos números: 149, 250, 211, 18, 231. Allí no tienen sentido alguno. Pero entre los documentos de Nuremberg, hay uno en que se registran las defunciones, y que fue llevado durante la guerra por Ernst Vowinkel, un empleado del registro público de Voerde-bei-Dinslaken, el cual lo entregó certificando bajo juramento que contenía «los nombres de los hijos de las trabajadoras del Este, niños que murieron en el campo de Voerde-West, de la Gusstahlfabrik, perteneciente a la firma Krupp, entre agosto de 1944 y marzo de 1945» (38). Por las páginas de Vowinkel uno se entera de que el número 149 correspondía a Valentina Rabzewa, que vivió menos de un mes y murió de «debilidad general»; que el 250 correspondió a Eduard Moltschiusnaja, muerto de «desnutrición» tras cuatro meses y veinte días de vida; que el 211, Wladimir Chodolowa expiró por razones «desconocidas» a la edad de seis meses y medio; que el 18, Lidija Solotawa, falleció de pulmo-

nía en el día cincuenta y nueve de su existencia, y que el 231, Nikolaj Kotenko murió, a los dos meses y quince días, de tuberculosis. Si los escépticos dudan de herr Vowinkel, considerando inconcebible que un industrial del siglo veinte se halle implicado en una verdadera matanza de inocentes, podrán echar un vistazo a los mismos archivos de la firma. En un informe fechado el 2 de enero de 1945, se lee:

«*Asunto*: Fallecimiento de hijos de trabajadoras del Este [*Tod des Kindes einer Ostarbeiterin*].
Apellido: Bodanowa. *Campamento*: Voerde-West.
Nombre: Lydia. *Fecha de deceso*: 30 diciembre 1944.
Nacido: 26 de mayo 1944. *Hora de deceso*: 6 de la mañana.
En: Essen. *Causa del deceso*: Escarlatina.
Situación familiar: Hija. *Fecha de inhumación*: 4 de enero 1945.
Dirección de familiares: En administración del campo principal.
Madre: Bodanowa, Wara. *Cementerio*: Friedrichfeld.
Número de empleo [*Arbeits. Legado*: Ninguno. *nummer*]: 519837.

Firmado: SCHULTEN.» (39).

¿Cómo pudo ocurrir esto? Krupp culpó de ello a los subordinados incompetentes y a la deficiente leva de Sauckel. En Nuremberg, un testigo de la defensa apoyó la tesis de que los procedimientos de *Menschenjagd* habían sido ineficaces; el doctor Walter Schrieber, del ministerio de Speer, que orgullosamente informó al tribunal que le habían sido concedidos la Espada de las SS, y el Anillo de Himmler, la Cruz de Caballero y la Insignia de oro del Partido («por instalar fábricas de celuloide a partir de la celulosa de las patatas»), dio una conferencia a los jueces aliados, con los modales de un pedante impaciente: «Herr Vorsitzender, no sé si estará al corriente de que un industrial de 1943 y 1944, recibía unos pocos centenares de ellos [trabajadores extranjeros], muchos de los cuales eran niños, que naturalmente, no podía utilizar... Yo mismo soy industrial, y tengo razones para hablar así.» (40). Por «niños» Schrieber se refería a pequeños de cinco años o menos; los de seis años ya estaban capacitados para llevar las chaquetas blancas con franjas verticales de los jóvenes esclavos. Pero los habitantes de Buschmannshof eran de una clase totalmente distinta. Habían nacido en el Reich, siendo cautivos de Krupp. Su existencia era el resultado de la decisión de la firma de «permitir que los parientes... estuvieran juntos». Sin duda la idea resultaba piadosa, pero en la práctica las consecuencias fueron tremendas. Cuando maridos y esposas vivían juntos, ella concebía, y cuando la firma ordenaba que volviese a los talleres, el vástago se convertía en el más frágil de los internados de Krupp.

Los nacimientos comenzaron en 1942, nueve meses después de que llegaran las primeras familias del Este a Essen. Como aumentaran las quejas acerca de las mujeres encinta, el problema llegó hasta el despacho de uno de los principales ayudantes de Alfried, Hans Kupke, antiguo diseñador de artillería y supervisor de los polígonos de tiro, que acababa de ser nombrado Oberlagerführer. En primer lugar se mandó llamar a los especialistas en obstetricia de Krupp. «Cuando las mujeres trabajadoras del Este empleadas de Krupp esperaban un hijo, se las alojaba en uno de los hospitales de Krupp —explicó más tarde el Oberlagerführer Kupke—. Una parte del hospital se hallaba vallada. Allí era donde las mujeres daban a luz. Después de cierto tiempo, tal vez entre tres y seis semanas, la mujer volvía a su trabajo, mientras el niño quedaba en el hospital.» (41).

Pero esto sólo podía ser una solución provisional. Los pediatras debían remplazar a los ginecólogos. Al principio, el doctor Seynsche trató a los niños. A fines del verano el número de nacimientos aumentó considerablemente, y las salas de Seynsche estaban repletas. Kupke convino «tras mucha persuasión —no identificó al que le persuadía, pero su superior era Alfried Krupp—, establecer aparte un campamento para esos niños».

Al fin organizó Buschmannshof, que había sido adquirido a la organización Todt: «Por esa época —enero de 1943—, unos 120 niños fueron instalados. No recuerdo el número exacto. Los chicos eran cuidados por una mujer que era cocinera y hacía un poco de todo, y que hizo lo que pudo por ellos. Tenía a su disposición, para ayudarla, a bastantes trabajadoras del Este.» (42).

Al principio la mujer tenía veinte ucranianas como ayudantes, cada una de las cuales había dado a luz un niño de Buschmannshof. Estas tenían suerte, ya que de todas las esclavas de Krupp, incluidas las muchachas de Humboldtstrasse, las que corrieron peor fortuna tuvieron que ser las que fueron separadas de sus pequeños. En teoría, a estas últimas se les permitía una visita semanal, pero esto rara vez ocurría. Al preguntársele cuántas madres iban, Anna Döring contestó: «A veces quince, otras veces dieciséis, los domingos.» (43). No es que fueran indiferentes, sino que no podían ir allí. Muchas habían sido trasladadas a las fábricas de Krupp, situadas fuera del Ruhr; otras no salían de sus encierros, y aun las que gozaban de cierta libertad debían enfrentarse con formidables dificultades. En tranvía, Voerde-bei-Dinslaken se hallaba a treinta y siete millas de Essen, con algún transbordo. Aún hoy el viaje de ida y vuelta es difícil para el que habla alemán. Para una mujer que se expresara en ruso, en tiempos de guerra y con las complicaciones de las líneas interrumpidas por los bombardeos, los inconvenientes debieron de ser casi insalvables. A decir verdad, maravilla que algunas de las madres se presentasen en el campamento de los niños.

El crimen de Buschmannshof no puede achacarse a nadie en particular. Alfried tenía parte de culpa, evidentemente, pero por lo que se sabe, nunca inspeccionó el campo. Según parece la mayor parte de los Kruppianer empleados allí hacían lo posible con los elementos que tenían, pero el terrible sistema creado por las combatidas *Volk* poco les proporcionaba. Johann Wienen, que fue nombrado Lagerführer de Buschmannshof en 1944, pedía habitaciones «amplias, agradables y claras», cunas con sábanas y mantas, y agua caliente. Por la noche, antes de retirarse, tiernamente llamaba a cada uno de los pequeños *Kindchen* (mi niñito), y en su patética y reveladora declaración escrita, escribió más tarde: «Incluso les proporcionamos alguna ropa interior.»

Pero los niños necesitaban algo más que eso. Estaban enfermos antes ya de que la camioneta que los llevaba frenase ante la puerta del campamento. Wienen manifestó: «Recuerdo cuando dos transportes, creo que de veinte o veinticinco niños cada uno, llegaron de Essen. Comprobamos entonces que los pequeños se encontraban en mal estado físico. Parecían hallarse enfermos, y no creímos que pudieran sobrevivir.» (44).

Wienen efectuaba una visita a los pequeños internados diariamente. Suplicó a la administración central de Krupp para que le prestasen ayuda, y «cuando se presentaron los primeros casos de difteria, en el otoño de 1944», apeló directamente al doctor Jäger. Este, por ser quien era, hizo que se despachara inmediatamente el suero necesario. Pero tan inepto era el personal del campamento que no sabía qué hacer con las ampollas de suero. El único médico del campo, el doctor Kolesnik, era un anciano oriundo de Ucrania. «Su dominio del alemán —dijo Wienen— era muy escaso», y los ayudantes de Wienen eran cada vez peores. Su primera

Verwalterin, una alemana llamada Howa, se rompió una pierna. Fue remplazada por la cocinera, frau Makowski, la cual se contagió de difteria de uno de los niños y murió en diciembre. Quedó así Anna Döring, la ayudante de la cocinera. En Nuremberg, Anna resultó ser un testigo desesperante y hostil, pero eso pudo deberse en parte a lo incompetente que había demostrado ser. Carecía de estudios de enfermera, y reconoció que no tenía la menor idea de lo que podía ser el escorbuto o la hidrocefalia; en resumen, las dolencias más graves que afectaban al campamento. Anna mostraba la misma vaguedad en lo que se refería a los números. No sabía cuántos niños habían pasado por los barracones, ni cuántos murieron. Al preguntársele «¿Diría usted que una mortandad de 85 niños resultaba elevada?», respondió cautamente: «Por lo que recuerdo, no pudieron haber tantas muertes.» Al inquirirle «¿Sabe usted que los certificados de defunción demuestran al menos ese número?», contestó: «No lo sé.» En verdad Anna no sabía mucho. Un extracto del interrogatorio a que fue sometida lo pone claramente de manifiesto:

P: ¿Cuántos niños vivían en aquella fecha, lo recuerda?
R: *Nein.*
P: ¿Sabe usted cuántos murieron desde setiembre de 1944 hasta enero de 1945?
R: No, no lo sé [*Nein, ich weiss es nicht*].
P: ¿Conoce usted cuál era la causa de la muerte de la mayoría de esos pequeños?
R: No, jamás encontré una explicación a eso y nunca podría hallarla [*Nein, ich kann keine Klärung dafür finden, und habe es nie gekonnt*]. (45).

Ernst Wirtz, un Kruppianer no especializado, tenía pocas más aptitudes que Anna Döring para contestar preguntas de índole médica, y como guardia del Werkschutz que fuera, sentenciado a ocho años de cárcel por maltratar a esclavos en Essen, Mulhouse y Kulmbach, tenía menos motivos aún para colaborar con el tribunal. Sin embargo, parece que sintió algo más de curiosidad que Anna, y puesto que no había sido destinado a Buschmannshof, no tenía razón para salir en defensa del campamento. Cuando Wirtz fue a Buschmannshof en enero de 1945, para desempeñar algunas tareas secundarias, Wienen había sido remplazado por Lorenz Scheider. Al declarar acerca de una reunión de Lagerführers de Krupp, Scheider recordó que durante su mando, los prisioneros «pudieron recibir alguna patada en ocasiones, o algo parecido», y que a cualquier esclavo que le irritase «solía zarandearle con fuerza». (P: En otras palabras, ¿se le golpeaba? R: Bueno, sí.) Bajo la dirección de Scheider, la suerte de los niños de Voerde-bei-Dinslaken cambió alarmantemente, si bien aquí es arriesgado asimismo establecer las responsabilidades personales. La Firma se hallaba preocupada con otros asuntos. *Unterkinder* por debajo de los dos años no podían contribuir en nada a la guerra total, y por ello comenzó en Buschmannshof el *Kindermord.* No hubo allí ametralladoras, cristalillos de Zyklon-B ni hornos triples de I. A. Topf, pero los resultados fueron los mismos (46).

Wirtz vio a los niños del campamento que yacían «en una especie de catres, unos jergones *(strohsäcke)* con sábanas de goma. Los pequeños estaban casi desnudos». Se les alimentaba con un potingue viscoso en unos biberones. Muchos niños tenían «la cabeza hinchada», y agregó que «no había chiquillo que tuviera las manos o los brazos más gruesos

que mi pulgar». Para entonces, las mujeres encinta del Este ya no daban a luz en Essen, cuyos hospitales se hallaban atestados con las bajas de los bombardeos, sino que se las trasladó a Voerde-bei-Dinslaken, si bien las ayudantes ucranianas de Anna quedaron reducidas de veinte a tan sólo cuatro.

Con la ayuda del intérprete del campo, Wirtz sostuvo una conversación con esas mujeres. Preguntó acerca del futuro de esas nuevas madres, y supo que «cuando una trabajadora del Este ha traído al mundo un niño, se le conceden seis semanas, después de las cuales vuelve al trabajo, y el niño queda en el campamento, de modo que la obrera pueda reanudar de nuevo sus tareas». Luego, según declaró, «pregunté cómo estaban tan desnutridos los niños, y me dijeron que tenían muy poco para darles de comer». (Durante la cena, esa noche, Wirtz hizo esa pregunta a Scheider, el cual «me dijo que no le enviaban comida del Oberlagerführung». Las comidas para los Kruppianer, según advirtió el invitado del Lagerführer, «eran bastante mejor que en Mulhouse... Me sorprendió que nos dieran tan buena comida».) (47).

Y de nuevo, respecto a las mujeres ucranianas, el guardia preguntó de qué forma terminaría todo aquello. Le dijeron que se estaba ya acabando. Al principio él no comprendió. Luego, hablando por medio del intérprete, ellas se explicaron. Al principio «morían cincuenta o sesenta niños por día, y otros tantos nacían diariamente, debido a que numerosas trabajadoras del Este quedaban embarazadas». Sumamente curioso, el visitante les pidió más detalles. «Pregunté al intérprete —recordó en el banquillo de los testigos— cómo era posible que murieran tantos niños, y si se enterraba a los pequeños, y el intérprete me dijo que los niños eran incinerados dentro del campamento.» (48).

«¡Ningún niño fue quemado! —gritó Anna Döring, cuando se le dijo esto—. Se les ponía siempre en unos pequeños ataúdes, y se les proporcionaba un adecuado entierro.» Poco importa la diferencia. Tal vez ambos testigos tuvieran razón. Dentro o fuera de los féretros, algunos cadáveres recibieron sepultura sin duda, ya que en el Tercer Reich no se colocaban lápidas numeradas sobre las cenizas de los *Fremdarbeiter*. Por otra parte, las tumbas numeradas en los dos cementerios de Hindenburgstrasse no coinciden con la gran mortandad de los inermes internados de Buschmannshof, que según comprobó el general Telford Taylor, perecían «por veintenas, de enfermedades y escasos cuidados».

Aunque las cifras resultan necesariamente incompletas, murió el 74 por ciento de la población infantil inicial del campamento, y de estas bajas, el 90 por ciento se produjeron en los últimos siete meses de la existencia del campo. Al serle mostrados los registros a Krupp y los certificados de defunción de Vowinkel, que atribuían la mitad de la mortandad a «debilidad general», el Oberlagerführer Kruple declaró: «Admito que eso era debido a malas medidas de administración», y Alfried también se quejó de haber sido mal servido por sus «señores subordinados». Los jueces hicieron notar que «la defensa había proporcionado vívidas descripciones de la lamentable situación en que se hallaban esas víctimas inocentes del cruel programa de trabajo esclavizador. Gran número de esos niños murieron de desnutrición» (49).

Pero no todos murieron así, y la presencia de supervivientes cuando los Aliados avanzaron con sus tanques para rodear el Ruhr, fue causa del inhumano final en Buschmannshof. Fuera quien fuese el que lo perpetrara, resultó culpable de un tremendo crimen de guerra. Lamentablemente la identidad del asesino ha escapado a las pesquisas del servicio de Inteligencia norteamericano. El Oberlagerführer Kupke sólo pudo recordar que alguien —evidentemente debía de tener un gran poder— le ordenó que se

ocupara de «que los niños fueran trasladados a Turingia». Esta región se halla doscientas millas al este del Ruhr. Los afiebrados chiquillos podían ser en esa etapa de la guerra, como las maltratadas jóvenes judías, una fuente de grandes problemas. Era necesario quitárselos de encima, y por ello se fueron, aunque nadie sabrá nunca cómo y adónde los llevaron. Anna Döring sólo pudo informar al tribunal que la evacuación se había producido «a fines de febrero». En aquel momento Anna se hallaba en su casa, ya que los bombardeos se habían convertido en una pesadilla para ella. «No me encontraba presente ese día, por desgracia, de modo que no puedo hacer declaración alguna al respecto», manifestó. Se le preguntó si los pequeños se marcharon «bien y con salud», pero ella no contestó (50).

Las implicaciones del asunto de Buschmannshof superan a todo lo que pudo ocurrir durante los cuatro siglos de dominio de la dinastía de Essen, ya que el carácter de ese campamento era único. Los parientes de otros prisioneros de Krupp no tenían idea de dónde se hallaban éstos, y cuando volvió la paz tuvieron que esperar el regreso de los supervivientes de NN; pero por cada desnuda criatura que yacía temblando en las colchonetas de paja, detrás de la arboleda de Voerde-bei-Dinslaken, había al menos una madre que sabía que su hijo estaba allí, aguardándola. Las madres que volvieron ese verano, como dijeron entonces, «a la conquistada Alemania», encontraron desiertos los lóbregos barracones. Antes de que las tropas de Estados Unidos pudieran liberarlos, «los niños —según palabras del general Taylor—, fueron entregados a las autoridades del Reich y trasladados sin el conocimiento de sus familiares». En realidad, sólo tenemos el testimonio de Hans Kupke —que ni siquiera se hallaba entonces allí—, de que las cuatro mujeres ucranianas acompañaron a los chiquillos y Kupke reconoció que hubiera sido «imposible informar a otras madres, muchas de las cuales habían sido trasladadas fuera de Essen con sus fábricas» (51).

«Eso —terminó diciendo el Oberlagerführer—, es todo lo que se puede declarar aquí acerca del asunto de esos niños de las trabajadoras del Este.» (52). Debido al caos que reinaba en 1945 en Alemania, y a la tierna edad de los chiquillos, es demasiado esperar que alguna *Ostarbeiterin* pudiera agregar algo más que un grito de angustia, a esta declaración. Hendrik Scholtens pudo hallar a sus padres, aunque éstos se hallaban en las Indias Orientales; el padre Come logró encontrar a su madre en Smuid. Pero, ¿qué podían hacer el 234, el 243, el 249 o el 256, de estar aún con vida? No podían saber que sus apellidos eran Petrowa, Amelina, Sasaschkowa o Taranin. Incluso si las madres se hubieran hallado ante el camión cargado de niños, poco habrían podido hacer. La mayor parte de ellas sólo habían visto a su hijo unos momentos después de nacer. La identificación habría resultado imposible, y el anhelo maternal de reunirse con su propio hijo les habría producido un tremendo sufrimiento moral (*).

Antes de que Hans Frank fuera llevado al cadalso, en Nuremberg, manifestó:

«*Tausend Jahre werden vergehen und sie werden diese Schuld von Deutschland nicht wegnehmen*» (Un millar de años pasarán, y la culpabilidad de Alemania no se habrá expiado.)

(*) El asunto probablemente es ocioso. Hacia el fin de la guerra, la política del Reich en el Este consistía en exterminar a los recién nacidos de las mujeres polacas y rusas que trabajaban en la industria alemana, inyectando a las criaturas un tóxico en las venas. (Earl M. Kintner, ed. **Hadamar Hrial of Aleons Klein, Adolf Wallmann, et al.**, Londres, 1948). Una de las cuidadoras declaró en su defensa que había comprado juguetes para esos niños, que, de acuerdo con la jerga eufemística alemana, habían sido condenados por «nutrirse sin prestar utilidad». (Ibíd., testimonio de Irmgard Huber).

Esas palabras pueden servir de epitafio al Reich del Milenio, pero de sus más indefensas víctimas no queda identificación alguna. No hay ni un monumento que se alce en las proximidades de las incongruentes antenas de televisión de Buschmannshof, ni siquiera junto a las pequeñas losas numeradas de Walfriedhof y Friedrichfeld. De inscribirse algo, podrían poner las últimas palabras de Goethe: «*Licht, mehr Licht!*» (¡Luz, más luz!), ya que las tumbas de los niños, situadas en el lugar más sombrío de los cementerios, apenas reciben unos rayos de sol. En realidad, tampoco las numeradas lápidas durarán mucho. Una vez sus hileras se mantuvieron rectas como filas de soldados ante el paso del Führer. Pero el tiempo las ha maltratado considerablemente. Por todas partes, en Alemania, los cementerios están espléndidamente cuidados. Nadie se ocupa de éste. Después de casi un cuarto de siglo, los números de algunas losas resultan casi indescifrables, y otras se han desintegrado en gran parte debido a las heladas. Dentro de otra década, ya no quedará rastro alguno de esas lápidas.